

CORRESPONDENCIA

TIERRA SANTA

San Francisco de Asís y los Santos Lugares.—Heroísmo de los Franciscanos.—Carácter internacional de la Custodia de Tierra Santa.

Desde Jerusalén escribe el Sr. D. José A. Orzali el 26 de Mayo último:

DE mis anteriores correspondencias puede colegirse con facilidad la triste situación de la Iglesia católica en los lugares más venerandos de la tierra, y la labor ímproba que ha sido necesaria para conservar tan grandes Santuarios. ¿Quiénes son los beneméritos hijos de la Iglesia que á costa de grandes sacrificios han custodiado y conservado los lugares santificados por Nuestro Señor Jesucristo? Es preciso decirlo bien alto, para obligar la gratitud de todos: los humildes hijos del Pobre de Asís.

En 1219 el gran siervo de Dios, San Francisco de Asís, dominado del ardiente deseo del martirio, abandona la Italia con doce compañeros, y después de pasar evangelizando Chipre, San Juan de Acre y Antioquía, fué á Egipto, y de ahí á Palestina, en poder entonces, como hoy, de la Media Luna desde el año 1187, merced á la fiereza del fanático Saladino. No es posible explicar cuánto sufrió el Seráfico Patriarca al ver tanta profanación en lugares tan santos. Bien hubiera querido acabar allí sus días trabajando en la conversión de los sectarios desgraciados de Mahoma, y con el fin de custodiar los más célebres Santuarios del mundo. Mas conociendo que Dios le llamaba á Italia para organizar definitivamente su Sagrada Orden, abandona la Palestina con las lágrimas en los ojos, pero antes la encomienda cuidadosamente á algunos de sus hijos, dejando así establecida la *custodia de Tierra Santa* á fines del año de 1219.

Desde esta época los Franciscanos son los que han sido declarados y reconocidos como custodios de los Santos Lugares, tanto por los Soberanos Pontífices desde Gregorio IX, que en 1230 los ratificaba en esa Misión por medio de la Bula: *Si Ordinis Fratrum*

Año I.—N.º 17



Minorum, hasta León XIII, como por las naciones de Oriente y de Occidente. Y á fe que ellos han correspondido con toda abnegación al grande honor que providencialmente se les dispensara.

Durante siete siglos ellos han comprado y conservado con el precio de sus fatigas, y muchísimas veces de su propia sangre, los Santuarios de Tierra Santa. Desde el primer momento no han faltado hasta hoy las persecuciones, las injurias, las calumnias, los sufrimientos, tanto de parte de los sectarios de Mahoma, como de los secuaces del cisma, y muchas veces, por más que parezca increíble, hasta de algunos cristianos. Mas ellos, fieles hijos de tan Santo Padre, han resistido siempre heroicamente, y en todo tiempo y circunstancia se han mostrado hijos abnegados de la cruz.



El Rdo. P. JUAN KHO, lazarista chino, de ochenta y seis años de edad. (Pág. 395)

Muy difuso sería si quisiera pasar en revista todo lo que los Franciscanos han sufrido y hecho en Tierra Santa. Deseo tan sólo comunicar algo de lo que se me ha referido durante mi estancia en esta ciudad.

Bien conocido es el odio que los mahometanos profesan á los católicos; mucho lo han experimentado desgraciadamente los Franciscanos desde su establecimiento en Tierra Santa hasta nuestros días.

Siempre han vivido poco menos que esclavos, expuestos á toda clase de vejámenes: cárceles, castigos corporales y muchas veces la muerte, especialmente hasta el tratado celebrado entre Solimán III, sultán de Constantinopla, y Francisco I, rey de Francia, en virtud

del cual esta nación tomaba la protección de los Lugares Santos. Basten estos datos que refiere el Padre Geramb: durante seis siglos han perecido en la custodia de Tierra Santa *ocho mil* Religiosos, víctimas del furor musulmán, y más de *seis mil* de peste. Una de las primeras y más terribles persecuciones fué cuando los Corasmines penetraron en la Ciudad Santa, profanando el Santo Sepulcro y sacrificando á cinco mil cristianos con sus pastores. En 1249 sufrieron igual suerte muchos Franciscanos, que murieron en defensa de la fe y de los Santuarios. En 1268 fueron degollados por los turcos todos los Franciscanos de los conventos de Antioquía, y en 1291 en San Juan de Acre.

Mas tarde, á fines del siglo XV, penetraron los secuaces de Mahoma en el convento de San Jeremías y pa-

4 Septiembre 1893

saron á cuchillo todos los Religiosos que lo habitaban, convirtiendo la iglesia en caballeriza. Desde 1700 hasta 1848 la necrología de la custodia de Tierra Santa cuenta veinticinco Religiosos sacrificados por los turcos y griegos cismáticos. El 7 de Julio de 1860 fueron también martirizados ocho frailes en el convento de Damasco, cuya causa de beatificación trata la Curia Romana.

A estos sufrimientos corporales, añádanse otros morales, ni menos intensos, ni menos frecuentes. Muchas veces han sido víctimas de atroces calumnias, teniendo que sufrir resignados, ya que no tenían medios para sincerarse, rodeados como han estado siempre de turcos y cismáticos. Además hay otro sufrimiento moral muy intenso, cual es el tener que vivir en continua comunicación con los mahometanos y cismáticos, en los principales Santuarios, viéndose obligados á esperar el turno para oficiar, y sufriendo humillaciones y disgustos casi diariamente. Se ven también obligados á vivir día y noche en continua vigilancia, para impedir que los enemigos del nombre cristiano vayan poco á poco apoderándose cada vez más de santuarios ó lugares venerandos, como lo pretenden á cada paso. Tal es la vida de los beneméritos Franciscanos en Tierra Santa.

Lo sabía de antemano; pero confieso ingenuamente, que cuando he tenido ocasión de verlo por mí mismo, me he convencido que es poco lo que se dice y escribe; que esto es simplemente insoportable para los frailes, y muy vergonzoso para la Francia, que siendo la protectora, muy poco ó nada hace para remediar tan grave mal y situación tan desesperante.

¿Cuáles son los beneficios que la Religión y la sociedad deben á los infatigables obreros de la custodia de los Santos Lugares? La predicación, propagación, y conservación de la fe católica se deben exclusivamente á ellos, pues han sido los únicos en tan ardua empresa, hasta estos últimos años en que otras Comunidades religiosas han establecido aquí diversas casas, como colegios, hospitales, hospicios, etc., etc. Y cuánto hayan trabajado y sufrido, puede concebirse, conociendo de cerca esta ingrata tierra, profanada por el musulmán ó por el cismático. La sociedad debe también á los Franciscanos el establecimiento de colegios y casas de artes y oficios, en diferentes puntos, civilizando así á una gran parte de la juventud de estos pueblos semi-bárbaros. Han establecido centros en casi todo el territorio, que son como otros tantos asilos de la virtud y de la ciencia, y todas las parroquias latinas son atendidas por Franciscanos, habiendo levantado muchas iglesias, algunas de ellas muy hermosas, á costa de inmensos sacrificios, como es fácil comprenderlo.

Así después de prolongados trabajos y grandes tribulaciones, han podido establecer diecinueve casas en los principales Santuarios de la Palestina, seis en Fenicia, seis en Siria, tres en Armenia Menor, una en la Tracia, tres en la isla de Chipre y catorce en Egipto. Además regentan treinta parroquias, cuatrocientas diecisiete casas para pobres con setecientas cuarenta familias, que las componen tres mil quinientas personas y ciento ochenta huérfanos; cuarenta y siete escuelas para niños y niñas con cuatro mil trescientos alumnos, varios hospicios para albergar á los peregrinos, y far-

macias con consultorios médicos, unas y otros enteramente gratuitos para cristianos é infieles ó cismáticos. Puede por consiguiente afirmarse con toda seguridad que si la Religión católica cuenta hoy, en todo el territorio de la custodia, setenta y cinco mil católicos, y la civilización otros tantos triunfos, es debido exclusivamente á los beneméritos é infatigables hijos de San Francisco de Asís, que han conseguido unos y otros, á costa de grandes fatigas, de espantosas penalidades y de su propia sangre. ¡Honor y gloria á ellos!

La custodia de los Santos Lugares tiene un carácter esencialmente internacional, tanto por el personal que la forma, como por los intereses que defiende; lo mismo es su administración. Los Soberanos Pontífices, conociendo su importancia y trascendencia, sabiamente han dispuesto que la custodia de Tierra Santa sea administrada por un Consejo compuesto de este modo:

1.º Reverendísimo Padre Custodio de Tierra Santa.

Debe ser siempre italiano, y es elegido por el reverendísimo Ministro General de toda la Orden, debiendo ser confirmada la elección por la *Sagrada Congregación de Propaganda*. La duración de su oficio, pudiendo ser reelegido, es de seis años, y entre muchos otros privilegios, tiene el de poder oficiar pontificalmente.

2.º Un Vicario Custodio, siempre francés.

3.º Un Procurador General, siempre español.

4.º Cuatro Padres Discretos, un italiano, un francés, un español y un alemán.

Como el oficio del reverendísimo Padre Custodio, así el de sus ayudantes, dura seis años, y todos juntos constituyen el Discretorio General, que tiene su residencia oficial en el convento del Salvador, en Jerusalén.

Como es fácil adivinar, este Consejo para sostener tantas casas y asilos necesita indispensablemente de mucho dinero.

Sólo cuenta con donaciones y limosnas de los católicos. A este fin tiene establecidas en casi todas las naciones *Comisarias de Tierra Santa*, cuyos miembros se ocupan en recorrer las ciudades y casas implorando la caridad pública en beneficio de una obra tan santa y de tanta importancia como la conservación de los Santuarios de estas regiones, y de las casas, asilos y hospicios de los Franciscanos. Y es necesario advertir, que estos beneméritos Padres no sólo necesitan ese dinero para el fin indicado, sino que muchas veces, y en gran cantidad, lo necesitan para hacer valer sus derechos. El Padre Guardián de uno de los Santuarios de esta ciudad, me refería hace poco, que aquí todo se obtiene del turco por medio del dinero. Ven desconocidos por los cismáticos sus derechos por ejemplo á un Santuario; acuden á los tribunales turcos. ¿Quién obtiene la victoria? Por más que parezca imposible y sea en extremo vergonzoso, ésta es la verdad: el derecho está en razón directa del dinero que se ofrece. Así los Padres Franciscanos han tenido que abandonar varios Santuarios, y han visto burlados sus derechos incuestionables, porque sus adversarios, los cismáticos, han ofrecido más que ellos. Estos son ricos, no les falta dinero; y los Franciscanos, por falta de este medio, se ven obligados á callar y á verse despojar impunemente de lo que con tanta justicia les pertenece. Es triste

bajo todos conceptos, verdaderamente triste, la situación de los Padres Franciscanos en Tierra Santa; ya antes lo sabía y conocía, mas ahora que he tenido ocasión de ver de cerca tanta penuria, debo decir, que la realidad de estas vejaciones y que el mérito de los hijos de San Francisco, son mucho mayores de lo que cree la generalidad de los católicos.

De todo lo que llevo escrito sobre esta Tierra Santa, deseo que se saque una consecuencia práctica, y es ésta: que todos los católicos tengamos siempre presente el deber que nos incumbe de contribuir con nuestras limosnas á la conservación de los Santuarios de los Santos Lugares. Entre nosotros se halla también establecida una *Comisaría* de Tierra Santa; enviemos allí nuestros donativos, y habremos hecho una obra muy grata á Dios y á la sociedad; á Aquél, porque habremos contribuído á hacer triunfar su Religión y á conservar los Santuarios más venerandos de la tierra, y á ésta, porque habremos cooperado á propagar la verdadera civilización.

GOLFO DE GUINEA

IX

Viaje de los Padres misioneros á la isla de Annobón

ENTERADOS ya nuestros misioneros de la isla de Corisco y Cabo San Juan, faltaba sólo una expedición á la de Annobón para hacerse cargo del estado y condiciones de aquella isla y preparar el terreno para el día en que pudieran allí establecerse misioneros. Como el reverendísimo Padre Prefecto había hecho ya algunas excursiones algo arriesgadas, y estaba al corriente del estado de la mayor parte de nuestro territorio, quiso esta vez enviar á la expedición á sus dignos compañeros los PP. Pagés y Frigola, para que vieran por sí mismos la apremiante necesidad de aquellos abandonados isleños, y se acostumbraran á las privaciones y al sacrificio. Oigamos como nos dan ellos mismos cuenta de tan prolongado viaje.

Aprovechando, dicen, la ocasión oportuna en que la goleta *Ligera* se veía precisada á hacer este viaje y accediendo á los deseos que el señor Gobernador y el señor Comandante de la goleta tenían de que les acompañasen dos Padres misioneros, nos embarcamos para Annobón, que era el primer punto en que debíamos detenernos. El viento siempre nos fué contrario; dejamos á babor la isla del Príncipe, y pasamos junto á la de Santo Tomé, cuya parte Norte parece un jardín por lo muy cultivada que está, y por las muchas plantaciones, sobre todo de café y quina.

Después de tres ó cuatro días de vapor llegamos á la isla de Annobón. Eran ya las ocho de la noche; fondeamos junto á la población: sus habitantes encendían grandes hogueras, á fin de que viésemos los muchos bancos, arrecifes y escollos que hay en aquella playa. Aun no habíamos echado anclas, cuando se presentaron dos ó tres canoas repletas de negros, que daban fuertes gritos y nos hablaban en inglés. Al entender que nosotros éramos españoles, dijeron:

—¡Ah! ¿Vds. son españoles? Nosotros también somos españoles, nosotros no queremos ingleses, ni franceses; nosotros españoles, católicos, apostólicos y romanos.

A guisa de conquistadores subieron á la nave, contándonos sus aventuras y hazañas: dijimosles por qué no habían venido el gobernador y el *cura*, y nos contestaron que tales personas no andan de noche y que vendrían la mañana siguiente.

—Con todo, añadieron, si se les ofrece algo, aquí tienen al subgobernador.

Era éste un hombre algo jorobado, quien por toda insignia de su elevado cargo, llevaba un sombrero de copa, que llegamos á sospechar si lo habría heredado á los hijos de Noé, tan viejo y mugriento era. Hecho el saludo de cortesía, entablamos nuestra conferencia semioficial, conviniendo mutuamente en que al día siguiente se celebrara en torno de la *Ligera* una especie de mercado.

Aun no había amanecido y más de cien canoas rodeaban ya la goleta; parecía una feria; algunos traían huevos y gallinas; otros bananas, moniatos y mariscos. Nadie admitía dinero; unos pedían á trueque prendas de ropa, como camisas, pantalones, chaquetas, etc.; otros pretendían objetos de cristal, otros medicinas, etc.; con la particularidad que si se les ofrecía un objeto diferente del que cada cual se había propuesto obtener, ya no admitían el contrato. Un joven llevaba á cuestas un cerdito de unos quince kilogramos de peso.

—¿Cuánto queréis por él? le preguntó un oficial.

—Quiero un garrafón vacío.

—No tenemos garrafones: ¿quieres esta levita ó pantalón?

—No, señor, quiero un garrafón.

Y por no haber garrafones, volvióse á su casa con el cerdo al hombro. Otro, que dijo era un médico de la población, traía huevos y gallinas.

—¿Cuánto quieres de todo esto?

—Quiero ventosas, sal de higuera y ungüento de Pedro Fernández.

Y por más que se le ofrecieron otras cosas siempre continuó nuestro doctor indígena pidiendo lo mismo.

Lo más chocante era el modo afectuoso de saludar.

—Buenos días, señor Padre, nos decían, quitándose el sombrero; ¿quieres ser mi camarada? ¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Pedro, le respondí.

—Yo me llamo Pedro también; ahora somos camaradas y tocayos.

Lo mismo preguntaban á los demás.

Por fin llegó la *autoridad* de Annobón: era un joven negro de unos veintisiete años: se daba un tono magistral: iba de pie en el cayuco, seguido de un asistente que le tenía el *quitasol*, y acompañado del *cura* y del maestro de escuela. El *señor cura* era un negro de unos treinta y dos años, de mediana estatura, y andaba vestido de una sotana azul con cogulla, al extremo de la cual había una borla amarilla; en el cuello llevaba un pañuelo negro de seda, y en la cabeza otro blanco á manera de solideo para cubrir la tonsura ó corona. Se mantenía célibe y no usaba de licores fuertes. El maestro Schola, como ellos le llaman, era bastante anciano;

por cuyo motivo tenía ayudante: creímos que ni el uno ni el otro sabían leer; porque se presentaron con un abecedario viejo á más no poder, pidiéndonos otro nuevo, y observamos que no conocían siquiera las letras.

Casi todos se nos presentaban medio llorosos y nos decían:

—Padre, por amor de Dios, venga á decirnos *un poco de Misa* porque llueva; hace mucho tiempo que la tierra no ve agua, las semillas se pierden, y nos vamos á morir de hambre.

¡Pobres gentes! nos decíamos nosotros, y como están convencidos de la eficacia de la oración hecha por los ministros del Señor.

—No temáis, les dijimos; nosotros os daremos vestidos é imploraremos la clemencia de Dios, para que os envíe el beneficio de la lluvia que pedís. Volveos, pues, á la isla, y reunid al pueblo, que ya venimos.

Saltamos en tierra y encontramos á todo el pueblo reunido; las dos campanas rotas que tenían, repicaban que era un contento. Entramos en su iglesia, que con ser más grande que la de Santa Isabel, se llenó en un momento, quedando todavía seis metros al derredor atestado de gente, ávidos de presenciar, siquiera por las rendijas de las paredes, lo que allí pasaba. Nos colocamos en el presbiterio, cubierto con una estera ó algo parecido, bastante basta, é iluminada con dos ventanas y una lámpara que ardía constantemente con aceite de palma. En esta iglesia no había más que una especie de altar, adornado con dos crucifijos algo grandes, puestos á uno y otro lado de una imagen: delante de cada crucifijo había un santo de talla, que los tenían vestidos de ropa de distintos colores, poniéndoles por remate, un gorro catalán encarnado (*barretina*). Entre estos dos santos veíase un muy hermoso sagrario de estilo semigótico, dorado en lo interior y que contenía un copón también bueno y dorado, aunque sin hostias. ¡Quién sabe los años que estaría allí! Delante del sagrario había cuatro ó cinco relojes de arena, que ellos juzgaban de un adorno preciosísimo. Más abajo habían calocado cuatro cuadros con estampas de señoras inglesas, que les había regalado algún vapor procedente de aquella nación. Tanto deseo tenían de servir á Dios y darle gusto, que todo lo que les parecía precioso lo ponían en el altar.

Estando, pues, nosotros en el presbiterio, acercóse nos el *señor cura* y nos dijo, que cuando gustásemos podíamos decir Misa. Como no teníamos los ornamentos necesarios, le respondimos, que no podíamos decir-la; que nos enseñara cómo hacía él sus funciones, y que después dirigiríamos nosotros algunas oraciones al Altísimo para implorar el remedio de la necesidad que tanto les afligía.

Entróse inmediatamente en la sacristía, y al poco rato sale vestido con un roquete y un libro en la mano. Al llegar á las gradas del altar, se quitó el pañuelo que hacía las veces de solideo, y abrió el libro que estaba envuelto en una larga cinta; entonó en seguida el *Deus in adjutorium meum intende*, santiguándose al mismo tiempo, y los presentes contestaron todos: *Domine ad adjuvandum me festina*. Cantaron al momento algunos *kyries* larguísimos, continuando con la Letanía de los Santos. Al llegar á *Sancte Stephani*, que era el

Santo del día, se tocaron las campanillas, y cantaron no supimos qué en el mismo tono del *Tantum ergo*. Después de largo rato continuaron hasta el fin las Letanías que habían interrumpido.

En esto consistía su misa: pero ¡con qué fervor y compostura estaban todos en la iglesia! nadie volvía la cabeza de una parte á otra, todos estaban con los ojos fijos en el altar y arrodillados con ambas rodillas. ¡No era posible dejara de penetrar en los oídos del Señor la humilde plegaria de aquellos sencillos isleños! Nosotros para cumplir lo prometido, dijimos con el corazón conmovido y los ojos arrasados en lágrimas al ver tanta fe y sencillez las oraciones y preces *ad petendam pluviam*, y les exhortamos á que se prepararan para recibir la Misión que Dios les enviaría dentro de poco. Nos prometieron hacerlo y nos preguntaban con cierta admiración:

—¿Cuándo vendrán los Padres? ¿Dentro de un año?

—¡Oh! no, antes; quizá dentro dos meses; ¿y les traéis bien?

—Sí, nosotros siempre católicos y amantes de los Padres.

En la sacristía vimos dentro de tres cofres trozos de dalmáticas y casullas, cuatro ó cinco cálices sin dorar, un Misal, una muy buena custodia, varias aras sin reliquias, etc., etc. Al salir por la otra puerta de la sacristía, vimos junto al altar una especie de portal hecho de ramos de árbol, adornado con frutas del país, dentro del cual había un muñeco recostado en una almohadilla.

—¿Qué es esto? preguntamos al señor Cura.

—Es el nacimiento de Cristo en el pesebre, nos respondió; hoy es San Esteban, mártir, mañana San Juan Evangelista, y pasado mañana los Santos Inocentes.

—Con que ¿ya habéis celebrado Navidad? les dijimos.

—Sí, ayer, nos respondieron.

—Pues á ver cómo está esto; traednos vuestro calendario.

Vino el maestro *Schola*, llevando en la mano un palo cuadrado. Allí estaban marcados todos los meses; los días ordinarios los señalaban con una línea, y los extraordinarios con una cruz; quedando sumamente admirados de ver que dicho maestro decía exactamente todas las fiestas principales del año y los días en que debían celebrarse; según su cuenta iban bien. Les hicimos notar que estábamos en 13 de Diciembre, día de Santa Lucía; y que por tanto debían reformar su calendario, celebrando á su debido tiempo el Nacimiento de Jesucristo Nuestro Señor. Al salir de la iglesia el señor cura nos alargó un hisopo para que tomásemos agua. Le preguntamos cómo bautizaba, y explicado, vimos que decía bien la fórmula. Recitónos también las oraciones que decía en los entierros, y por último nos pidió un paraguas que llevábamos, diciéndonos que lo quería para que el sol no tocara á los santos cuando hacía alguna procesión.

Visitamos el pueblo, que es bastante grande y más numeroso y poblado que Santa Isabel: en él además de la iglesia principal, de que hemos hablado, llamada de la Concepción, vimos otra de San Joaquín, otra de San Agustín, dos de San Antonio y una de San

José. Las calles bastante anchas, y á cada cincuenta pasos levántase una grande cruz plantada; las casas espaciosas y bien construídas; todos los que tenían ropa iban decentemente vestidos. Los adultos sabían hablar regularmente bien el español, portugués é inglés; pero los pequeños no entendían otro idioma que el propio de la isla.

¡Cuán bueno es nuestro Dios! nos decíamos; y ¡cómo conserva tan buenos y piadosos á estos pobrecitos, abandonados completamente á su providencia paternal! A últimos del pasado siglo les instruyeron en las verdades de la fe unos misioneros portugueses, y estos actos, que todavía practican con tanto fervor, son sin duda efecto de aquellas instrucciones, que de generación en generación se han ido comunicando.

Dejando á Annobón, pasamos á la bahía de Corisco: no bajamos para ver el rey Inchenche, porque ya nos había visitado á bordo, estando en Elobey Chico; ni vimos tampoco al rey de Cabo San Juan, llamado Boncoro, porque estaba enfermo. Entramos en el caudaloso río Mooney, cuyas orillas están muy pobladas y son muy ricas en marfil, ébano, palo campeche, etc. Por fin, visitadas ya todas nuestras posesiones, nos volvimos á Santa Isabel, para tratar más despacio del modo cómo se podrían socorrer aquellos tan olvidados indígenas súbditos de la corona de España. La Santísima Virgen, que empezaba á hacer ostensible la eficacia de su Corazón Inmaculado en la isla de Fernando Poo, no dudábamos extendería bien pronto su anchuroso manto, para cobijar en él á los pobrecitos annoboneses y corisqueños. Nuestras esperanzas no quedaron fallidas. Todo sea por Dios.

MÉJICO

Felices resultados de la misión de los Delegados de la Obra de la Propagación de la Fe en Morelia, Patzcuaro y Tacambaro.

De una carta del malogrado Rdo. P. Boutry, escrita desde Morelia, capital del Estado de Michoacán, extraetamos lo siguiente:

EL 9 de Enero de 1891 el P. Terrien y yo partimos de Méjico para Morelia. El digno Prelado de esta archidiócesis nos recibió con la mayor benevolencia, lo mismo que el señor gobernador del Estado. Morelia, una de las ciudades más hermosas de Méjico,

tiene treinta mil habitantes, muy sencillos, hospitalarios y caritativos, y entusiastas por la Obra de la Propagación de la Fe. Baste decir que hemos podido formar allí más de trescientas decenas. Un obrero, excelente cristiano, se ha encargado de diecinueve.

Celador intrépido y constante, es más que capitán en este ejército pacífico que con la cruz en la mano quiere llevar todas las naciones de la tierra á los pies de



TÚNEZ.—Guía cazando por el camino de Beni-Zalten, en Medenina. (Pág. 399)

Jesucristo. Una señora, que no se atrevía al principio á encargarse de una decena á causa del mal estado de su salud, ha llegado poquito á poco, con el favor de Dios, á formar ocho. Querer es poder, especialmente cuando se trabaja por la gloria de Dios y la salvación del prójimo.

Al visitar la ciudad, causa admiración la vista de sus

numerosos y bellos edificios. Los españoles hicieron aquí construcciones sólidas y elegantes á la vez, capaces para resistir á los más violentos terremotos. Trabajaban para el porvenir.

En 1863 Pío IX, de feliz memoria, elevó al rango de arzobispado la iglesia de Michoacán, dándole por sufragáneos San Luís de Potosí, León, Zamora y Querétaro.

La catedral de Morelia tiene un aspecto de verdadera grandeza. Las dos torres, de setenta metros de altura, son monumentales. Una verja de hierro, con seis puertas del mismo metal, cierra el edificio. (*V. página 396*).

El antiguo seminario, que hoy sirve de palacio del Gobierno, es de sillería y de gusto bizantino. Mucho pudiera extenderme sobre esta interesante ciudad y sus magníficos establecimientos de instrucción pública; pero me limitaré á decir breves palabras del acueducto construido por los desvelos y á expensas de un santo obispo, el Ilmo. Antonio de San Miguel. En 1785 faltaba el maíz en la Sierra de Michoacán, y la ingeniosa caridad del ilustre Prelado excogitó medios de subsistencia para la hambrienta multitud. Empezó la construcción del actual acueducto, que tiene algo de monumental. Compónese de doscientos cincuenta y tres arcos, de seis metros de ancho y nueve de alto cada uno. La arcada completa tiene dos mil metros de largo, y la longitud total del acueducto es de dos leguas y media. (*V. página 393*).

La magnífica calzada de Guadalupe es debida al Ilmo. Calatayud, que la hizo construir en 1732 para facilitar á los fieles el acceso al Santuario de dicho nombre. En esta calzada, el paseo de San Pedro y la Alameda cuéntanse unos veintidós mil árboles.

La ciudad de Patzcuaro, á más quince leguas de Morelia, es muy interesante, á causa del hermoso lago de su nombre. El país es pintoresco, y el viajero queda agradablemente sorprendido á la vista de aquella sábana de agua en una altura no menor de siete mil pies sobre el nivel del mar, en medio de las montañas del antiguo Imperio tarasco. A trechos se ven islas cubiertas de bosque, habitadas por pescadores: barcas de indios surcan el lago en todas direcciones persiguiendo el pescado blanco, tan apreciado por los gastrónomos. Las aguas son claras y transparentes como el diamante, pero se ignora su profundidad; creyéndose que en ciertos sitios es de sesenta á ochenta metros. El lago tiene siete leguas de largo por tres de ancho.

La población se calcula en ocho mil almas. Esperamos que los mil asociados de la Obra de la Propagación de la Fe perseverarán en las buenas disposiciones que tanto me han edificado.

Obedeciendo á las indicaciones del P. Terrien fuí á Tacambaro, que dista de Patzcuaro unas doce leguas por la Sierra. El párroco, Rdo. Gutiérrez, me ofreció generosa hospitalidad, y gracias á su inteligente y activo concurso la Obra se ha establecido en su religiosa parroquia, al parecer de una manera permanente.

Tacambaro está situado á la entrada de la tierra ca-

liente. Sabido es, en efecto, que Méjico puede considerarse dividido en tres zonas muy distintas, y lo mismo pudiera decirse de algunos de los Estados. En el litoral del golfo, al igual que en las riberas del Océano Pacífico, encuéntrase las tierras calientes, llanuras bajas é insalubres á veces, pero también con mucha frecuencia comarcas riquísimas, en donde se obtienen todos los frutos de los trópicos: algo más arriba las tierras templadas, donde se goza de perpetua primavera; y por último la alta meseta ó tierras frías, donde el aire es más ligero y el invierno á veces rigurosísimo. Especialmente en el trayecto de Veracruz á Méjico es más notable el cambio de clima, pues tienen que subirse como las tres gradas de una escalera monumental. Por la mañana parte uno de la región de las palmeras con vestidos ligeros, y por la tarde se ven encinas... y se hace preciso arroparse mucho, especialmente en invierno. En el estado de Michoacán hemos conocido la zona templada en Morelia y Patzcuaro, y las tierras calientes al salir de Tambaro para bajar á las haciendas de Padermales y Puruarán.

ALASKA (América Septentrional)

(Continuación) (1)

La estación de Nulato.—Excursión del P. Ragaru á Nuklukayet

OTRA estación que nos es muy querida por el gran bien que en ella se ha hecho y continúa haciendo, es la de Nulato, al Norte de la Misión. No habiendo yo podido volver á ella á causa de la imprevista llegada de las Religiosas y de la necesidad de atender á la nueva estación de Holy Cross, en Septiembre de 1888 dispuse que fuera allí el P. Ragaru, dándole por compañero el P. Genna, recientemente llegado de San Francisco.

A decir verdad, me fué muy sensible abandonar el importante pueblo de Nuklukayet, que el año anterior se había encomendado al mismo P. Ragaru; pero poco podía esperarse de un país corrompido por los mineros, mientras que se abría por todas partes un vasto campo de acción en favor de los salvajes no contaminados por aquéllos. De todas maneras los pocos cristianos de Nuklukayet no quedaban enteramente abandonados, porque el P. Ragaru desde Nulato, podía visitarlos de vez en cuando, lo mismo que á las tribus de los alrededores. Así aquel mismo año quiso comenzar sus excursiones apostólicas con una primera visita á Nuklukayet, y luego, normalizada la marcha de la escuela, que confió al P. Genna y al H. Jordán, partió en trineo á principios de Noviembre.

Este fué su primer viaje de invierno, en el que tuvo que sufrir mucho por las dificultades del camino y el rigor del frío. La mayor parte del viaje lo hizo sobre el lecho helado del Yukón; pero nadie lo imagine terso y liso como cristal, pues nunca se encuentra así, y particularmente en ciertos pasos hacia el Norte la corriente más impetuosa de las aguas, á causa de las isletas que abundan en el río, aumenta el choque en el

(1) V. núm. anterior, págs. 370 y 371.

momento de helarse, y los témpanos se amontonan unos sobre otros formando una masa llena de asperezas agudas y cortantes.

Estos pasos difíciles, á veces de dos y más kilómetros de longitud, es preciso franquearlos á costa de la mayor fatiga. El trineo y los perros son un estorbo, pues á cada paso todo se vuelca, y hay que perder un tiempo precioso en allanar el camino con instrumentos á propósito. Patente es en tales viajes la protección de nuestros Angeles custodios, si se considera que á cada momento se corre el peligro de dislocarse un pie ó herirse gravemente dando de cabeza contra alguna parte saliente del duro hielo. Por la misericordia de Dios no tenemos que lamentar ningún percance de consideración, á pesar de que durante el invierno casi no hacemos otra cosa que correr sobre el hielo en busca de salviajes para instruirles.

Los primeros días de viaje fueron penosísimos para el Padre, si bien al caer de la tarde llegaba á alguna estación de indios, y podía pasar la noche á cubierto. Sólo una vez tuvo que pasarla al sereno, con una temperatura de treinta y cinco grados bajo cero, tiritando de frío y sin poder cerrar los ojos. Mas aun en el interior de las cabañas, aunque llegase muerto de fatiga no podía descansar luego, pues primero debía enseñar los elementos de la fe y las oraciones, y si había algún enfermo, cuidarlo con todo esmero y caridad. Además el breve descanso que en las viviendas de los indios concedemos á nuestros miembros, es turbado por multitud de insectos que se nos echan encima con espantosa voracidad.

Desde el 12 de Noviembre en adelante, encontró el P. Ragaru mejor camino; pero surgieron otras graves dificultades. Nevaba copiosamente, y sobre la nieve reciente y blanda no es posible deslizarse con las raquetas; á cada paso era preciso levantarlas en peso por haberse hundido algunos centímetros, lo cual fatiga extraordinariamente. Así el buen Padre en seis horas sólo pudo adelantar diez ó doce kilómetros. El día siguiente fué peor todavía, porque á las primeras horas de la mañana, soplando el viento, en vez de nevar llovió, y mezclándose el agua con la nieve, formó una especie de lodo blando y resbaladizo. Las raquetas no sólo se atascaban con frecuencia, sino que se cubrían de barro, y era preciso entonces levantar con las raquetas siete ó doce kilogramos de peso, vaciarlas, y luego seguir adelante. En siete horas de viaje fatigosísimo apenas pudo andar ocho kilómetros.

Habiendo bajado el termómetro el día siguiente, todo estaba helado: la nieve apareció congelada, y se corría muy bien; mas he aquí de improviso un furioso remolino de nieve, acompañado de un viento tan fuerte que no era posible mantenerse en pie: para colmo de desventura nada se veía á causa de ser tan espesa la nieve que caía, que llegaba á veces á impedir la respiración. Forzoso fué detenerse el resto del día y la noche en una *barabora* abandonada hasta que cesó la ventisca. A la mañana siguiente continuó el viaje: había cesado la tempestad de nieve; pero persistía el huracán con toda su fuerza, de suerte que el P. Ragaru más de diez veces fué arrojado al suelo. Los tres últimos días mejoró algo el tiempo, y el 21 de Noviem-

bre, fiesta de Santa Cecilia, llegó la comitiva á Nuklukayet.

Recibieron al P. Ragaru con mucha cordialidad los indios á quienes había instruído el año anterior, y desde luego dirigióse á una isleta en medio del Yukón, distante un kilómetro, donde habitaban algunos mineros conocidos suyos, entre los cuales confiaba encontrar cómodo albergue. Un minero que se dirigía al mismo punto, se le juntó por el camino, sentándose en el trineo. De pronto abrióse el hielo, y todos sumergiéronse en el agua hasta la rodilla. Fortuna fué que debajo de aquella débil capa de hielo había otra más sólida y gruesa, pues de lo contrario los hubiera arrastrado la corriente. Todo se redujo á andar cuarenta metros en el agua con el remojón consiguiente. Pero, apenas pasado el peligro, el intenso frío de la atmósfera les heló el calzado y parte de los vestidos, de suerte que sintieron las piernas como apretadas con rígida y pesada armadura de hierro. Fácil es imaginar con cuántas dificultades salvarían los pocos metros que les separaban de la isla y de la cabaña. Llegaron por fin sanos y salvos, si bien el P. Ragaru desde el momento de la caída sentía vivo dolor en el pie izquierdo. Derretido el hielo junto á la lumbre, quitóse el calzado, y vió que tenía una extensa rozadura y grande hinchazón en el pie, que le obligó á guardar cama cuatro días. Transcurrida una semana cumpliendo las funciones de su sagrado ministerio, partió de Nuklukayet, llegando en once días de viaje, más feliz que el de ida, á la estación de Nulato.

Allí le afligió una desgracia doméstica muy grave, pues el P. Genna quedó inhábil para todo á causa de una debilitación de las fuerzas mentales, enfermedad muy frecuente en Alaska, debida al frío intenso y á la privación de todas las comodidades, ó quizá también á la profunda impresión que ejercen en personas muy sensibles la separación de todo lo más querido y la melancolía de un prolongado invierno, sin un rayo de sol durante algunos meses, y sin más claridad que la de la escasa luz crepuscular.

No se requiere para nuestra Misión una salud de hierro, como lo prueba el que más de uno de nuestros Padres es de débil complexión, la cual por otra parte, como nos lo demuestra la experiencia, se fortalece admirablemente entre las privaciones y la crudeza del clima. Pero, además de sólida virtud y firme disposición de ánimo de sufrirlo todo por amor de Dios y salvación de los infelices esquimales, abandonados en aquel confin del mundo, es absolutamente precisa la jovialidad, dote moral, es cierto, pero íntimamente unida con las dotes físicas, sin las cuales difícilmente podrán adquirirla y conservarla mucho tiempo los esfuerzos de la voluntad.

Por lo demás, todos estamos expuestos á semejante desgracia, y el P. Genna, no obstante sus excelentes cualidades, tuvo que sufrirla. En Junio de 1889 se embarcó para San Francisco, y en uno de nuestros colegios de California recobró por completo la salud.

Entre tanto el P. Ragaru quedó solo en la estación, y no me fué posible darle compañero en todo el año 89-90. De regreso á Holy Cross desde el Cabo Vancouver, quise ir á Nulato; pero me lo impidió una grave



TÚNEZ.—Vista general de Medenina, Ksar y campamento francés. (Pág. 401)

caída que sufrí, y envié en mi lugar al P. Robaut. Su viaje fué penosísimo á causa de la extraordinaria crudeza de la estación y por habersele helado un pie, de suerte que permaneció algunos días enfermo en una cabaña, sin auxilios de ninguna clase.

Más tarde, en Septiembre, fuí á Nulato con el mismo P. Robaut para dar la última mano á las construcciones de aquella residencia, que dedicamos á San Pedro Claver. Está situada en la orilla derecha del Yukón, en una planicie en forma de herradura. La casa para habitación de los Padres y escuela es de dos pisos, como la de Holy Cross: á pocos metros de distancia hay la pequeña iglesia y detrás el huerto. La escuela está ya terminada; mas la obra de nuestra Misión no tendrá fruto sólido y duradero hasta que podremos instalar allí un pensionado, con Hermanas para la instrucción y educación de las niñas.

Mientras escribo las presentes líneas nuestra Misión de Alaska sólo cuenta ocho Padres, cinco Hermanos y seis Religiosas. Los PP. Muset, Robaut y Barnum, y los HH. Jordán y Negro prestan sus servicios en Holy Cross, donde hay también todas las Hermanas. En Nulato el P. Ragaru tiene por compañeros al P. Judge y al H. Rosati; y en el Cabo Vancouver continúa el Padre Treca con los HH. Cunningham y Power, á quienes se ha juntado el P. Luís Parodi, que desde las Montañas Berroqueñas llegó á Alaska en Julio del transcurrido año 1892.

El P. Treca y el H. Cunningham dejaron por algún tiempo su estación de Vancouver con objeto de establecer otra en Kaniilik, en el brazo derecho del Yukón, lugar muy oportuno para las expediciones apostólicas

en un territorio de más de doscientas millas cuadradas, y muy poblado de indios. Yo mismo fuí allí en Junio antes de salir para Europa; pero tratándose de simples principios, y no teniendo más noticias á causa de la distancia, no puedo dar de ella ningún detalle.

LA LUCHA CONTRA EL BUDDISMO EN CEILÁN

POR EL RDO. P. CARLOS COLLÍN, O. DE M. I.

I

Entrada en materia.—La religión á la moda.—¿Qué es el Budismo?—Gautama, precursor de los gnósticos y racionalistas.—Lucha contra la casta de los brahmanes.—El celibato honrado entre los budistas.

EN carta que se publicó el año 1889, el Ilmo. Bonjeán dió cuenta del estado de la Misión de Colombo, manifestando al mismo tiempo sus esperanzas y dificultades, y un vivo deseo de extender el reino de Jesucristo entre los budistas de Ceilán. Su llamamiento á las almas generosas que quisiesen secundarle no fué inútil, pues ha recibido ya algunas limosnas de los que desean cooperar á la conversión de los budistas. Justo es, pues, que digamos algo de Ceilán á aquellos que se interesan por nuestra querida isla. El Ilmo. Bonjeán me ha encargado este trabajo, que sus numerosas ocupaciones le impiden emprender por

sí mismo, y gustoso tomo la pluma para desempeñar mi cometido.

Como se trata de describir á los lectores de *Las Misiones Católicas* nuestras luchas contra el Buddismo, paréceme indispensable darles á conocer el temperamento del enemigo con quien debemos combatir. Una breve explicación de la naturaleza de esta vieja religión que cubre con sus tinieblas la mayor parte del Oriente, paréceme tanto más á propósito en sus columnas cuanto que, saliendo de su cuna oriental, el Buddismo no ha mucho fué á implantarse en los Estados Unidos de América, de donde ha pasado á Inglaterra y hasta al continente de la Europa cristiana. Aun se afirma (¿es creíble?) que hay treinta mil budistas en París, y que eminentes personajes no se avergüenzan de asistir á las ceremonias públicas de esta secta.

¿Qué es, pues, el Buddismo?

El fundador supuesto de esta religión es un príncipe indio conocido con los diferentes nombres de Gautama (1), Siddarta y Sakya-Muni. El nombre de Budda,

(1) Gautama desde su juventud dió tales pruebas de su inclinación á la soledad que se le dió el sobrenombre de Çakya-Muni, el solitario de los Çakya. Seguido de cinco discípulos retiróse á los montes Himalayas, en donde se entregó al más riguroso ascetismo. Según la leyenda pasó siete días con sus noches sentado bajo una higuera discutiendo largamente acerca los encantos de la vida terrena y de la celestial. Apareciósele Bracma, y Budda, comprendiendo que poseía la verdad y la paz, partió para Benarés con el propósito de enseñar su doctrina. Esta pasó de las Indias á Indochina, China y Japón. En Birmania conserva en parte los principios primitivos. Los birmanos han levantado numerosas estatuas á Budda, muchas de las cuales son gigantesca: la representada en la pág. 404 tiene cerca de diez metros de altura.

que significa el Iluminado, es un título que se le dió al iniciar su carrera ascética.

Le llamo fundador *supuesto*, porque es muy dudosa la existencia de este personaje. No la prueba ningún documento histórico, y el lugar de su nacimiento y los que se dice habitó no parecen reales, sino nombres alegóricos que dan á su historia el color de ingeniosa novela. Pero esto poco importa, porque si es dudoso que existió Budda, lo cierto es que el Buddismo existe, sea quien fuere su autor. Los sabios orientalistas de nuestros días concuerdan con escasa diferencia en fijar su origen en el siglo VI antes de Jesucristo. Sin la menor duda es su cuna la India, desde donde invadió Tibet, China, Japón y los otros países orientales.

El Buddismo no es, propiamente hablando, sino una rama del Bracmanismo ó Vedismo, del cual ha tomado sus principios fundamentales, su vago Panteísmo, su doctrina de la transmigración de las almas, la del Kama ó influencia fatal de las acciones buenas ó malas en el destino futuro del hombre, su respeto supersticioso á la vida de los animales, y finalmente su menosprecio teórico de las riquezas y placeres de este mundo.

Sin embargo, Gautama introdujo en el sistema indio modificaciones tan importantes, que al fin se le consideró como una religión nueva.

Así, por ejemplo, no concede culto á ninguna divinidad, sea la que fuere. Hace caso omiso de Vichnú, Siva y los cien mil dioses de la India. No dice, sin embargo, que no haya Dios, sino que si hay uno, lo ignora. Interrogado acerca este punto por sus discípulos, nada contesta, y así tenemos el monstruoso fenómeno



México.—Morelia.—Acueducto y calzada de Guadalupe. (Pág. 390)

de una *religión sin Dios*. De ahí el entusiasmo con que acogen este sistema los incrédulos de nuestros días, que proclaman á Budda como el primero de los gnósticos.

Otra revolución obrada por Budda fué el golpe fatal que asestó á la omnipotencia de los bracmanes. El bracmán, según la ley de Manú, es «de derecho señor de la creación; la encarnación eterna de la justicia; todo lo que el mundo contiene es propiedad suya.» En el Rjg-Veda se llama á los bracmanes Devas ó dioses, y un proverbio sánscrito, citado por el Ilmo. Laouenan en su precioso libro sobre el *Bracmanismo*, dice: «El universo está sometido al poder de los dioses; los dioses obedecen á los *mantras* ó encantaciones; los *mantras* están en poder de los bracmanes; luego los bracmanes son nuestros dioses.»

Los bracmanes, en efecto, habían monopolizado el poder sacerdotal, de tal suerte que hacían temblar á todas las castas y á los mismos reyes: tenían, sin embargo, enemigos, habiendo sido el más terrible de todos el fundador del Buddismo, cuya organización parece dirigirse por completo contra la casta dominante.

No reconociendo Dios y careciendo de culto, Gautama-Budda no necesitaba sacrificadores ni casta sacerdotal, y por lo tanto excluía en su sistema á los bracmanes, reemplazándolos por dos Ordenes religiosos, la de los *tramanas* ó ascetas y la de los *bikshirs* ó mendigos, á quienes los europeos llaman equivocadamente «sacerdotes buddistas.» Estos religiosos se reclutan en todas las castas, aun las más viles, y no se dedican á otra cosa que á practicar con toda perfección la ley moral de su maestro. Mientras que los bracmanes se reservaban con celoso exclusivismo la ciencia de la religión, Gautama, al contrario, llama á todos, hombres y mujeres de cualquier condición, al conocimiento de su doctrina, enseñada públicamente en todas partes. Así excitan no poco la risa esos americanos y europeos que publican libros acerca el *Buddismo esotérico*. Nada absolutamente hay de esotérico, esto es, de misterioso, en las doctrinas de Budda; pues no sólo habían de predicarse á todos indistintamente, sino que Gautama pretendía fundamentar su sistema en la razón sola, y daba como regla á sus discípulos que no aceptasen, en materia de doctrina, sino lo que les fuese demostrado. Gautama es el digno precursor de nuestros modernos racionalistas.

Con todo, uno de los caracteres distintivos del Buddismo, que sin duda no es del gusto de los librepensadores del siglo XIX, es la obligación de guardar el celibato, impuesto por Gautama á sus discípulos los *bickshirs* y los *tramanas*. Ciertamente que existían, entre los indos, penitentes llamados *sanniyassis*, que pretendían guardar castidad, pero su número era muy limitado, mientras que los religiosos buddistas, en Ceilán solamente se cuentan por millares.

Además de este precepto austero y de las enseñanzas morales dadas por Gautama-Budda á sus discípulos, preciso es reconocer que, en conjunto su sistema es muy superior al Bracmanismo de donde salió; y que era la más vergonzosa y repugnante de las mitologías. El respeto al celibato que inspiró Gautama á sus secuaces, los dispone admirablemente á recibir las enseñanzas del

Evangelio, y mientras que los buddistas no aprecian mucho á los ministros casados del Protestantismo, prodigan demostraciones del más profundo respeto al sacerdote católico.

II

Desdicha de la existencia.—Nirvana.—Efectos del Buddismo en el pueblo.—Indolencia.—Asesinatos.—Poliandria.—Degradación de los bonzos ó monjes buddistas.—Buddistas blancos.—Teosofismo.—Protección que otorga al Buddismo el Gobierno inglés.—Luchas entre buddistas y católicos.

El Buddismo tiene por punto fundamental que la existencia es una desdicha: el hombre no puede vivir sin sufrir, ni gozar en este mundo de verdadera felicidad: por lo tanto la vida es un mal, que reconoce su origen en el *deseo de vivir*. Consecuencia de este anhelo de vivir son los nacimientos sucesivos é indefinidos á los cuales están sometidos los seres, viniendo á ser los hombres perros ó cualquier otro animal más ó menos vil según el grado de deseo que han manifestado durante la precedente existencia. Si, por el contrario, uno se desprende de este espantoso deseo de vivir, queda libre de la desventura de *renacer*, y entra en el *Nirvana*. Mas no se me pregunte qué es el Nirvana, porque nadie llegó nunca á saberlo. Los buddistas contienden sobre este punto. «Es el aniquilamiento;» dicen unos. «No tal,» dicen otros. Un solo punto está fuera de duda, y es que, aniquilado ó no, una vez allí no se tiene la desdicha de existir, quedando absorbido en el gran Todo, ó mejor dicho en el gran Nada.

Esta doctrina pesimista, sin Dios y sin esperanza, y hasta sin idea de felicidad, apenas merece el nombre de religión, y hace á sus adeptos melancólicos, lánguidos, soñadores y supersticiosos. Aun las representaciones de Budda, sentado sobre las piernas cruzadas y en estado de contemplación, ó muellemente tendido de lado en el reposo del Nirvana supremo, arrastran á la molición y ociosidad, á pesar de los buenos preceptos del filósofo.

Y precisamente porque este sistema propone al hombre un ideal de perfección que la naturaleza no puede alcanzar por sus propias fuerzas, abre ancho camino á los vicios y la inmoralidad. «Nuestra religión es tan sublime, decía una vez cierto buddista, que le es imposible al hombre observarla;» y diciendo esto creía hacer un cumplido elogio de sus creencias.

Así, no vaya á creerse que el Buddismo sea en la práctica lo mismo que en teoría. La población buddista es una masa ignorante, grosera, sin respeto alguno á las leyes de la moral, y entregándose sin freno al culto de los demonios y de los dioses del paganismo. Las prácticas más supersticiosas acompañan casi todos los actos de la vida privada. Cuando un miembro de la familia enferma gravemente, llámase á toda prisa á los *devil-dancers*, bailarines del diablo, que al son de una música extravagante ejecutan durante toda la noche las zarabandas más frenéticas, con objeto de amedrentar al diablo y ahuyentarlo; pero harto frecuentemente con el fatal resultado de matar al infeliz moribundo.

El grabado de la pág. 397 representa á estos bailarines del diablo.

La única observancia á la que realmente permanece fiel la mayoría de los budistas, es la que consiste en abstenerse de dar muerte á los animales: así es que ratones, serpientes, piojos y pulgas viven á sus anchas bajo este régimen. No sucede lo mismo, por desgracia, con el bípedo conocido con el nombre de hombre, que está muy lejos de compartir la inmunidad concedida á los otros seres animados. No hay, en efecto, pueblo alguno en que esté menos segura la vida del hombre y en que sean más frecuentes los asesinatos que entre los budistas de Ceilán: yendo provisto cada uno de una navaja muy afilada, á la menor provocación la sacan del cinto y clávanla en el cuerpo de su adversario. No se atreven á matar una serpiente por temor á las desgracias que pudieran seguirse; pero semejante superstición no tiene lugar en la muerte de un hombre.

La poliandria es otro de los vicios sociales de este pueblo, especialmente entre los *Kandiens* ó montañeses.

No se vaya á creer que siquiera el monje budista esté á la altura de las enseñanzas morales de su maestro. Practica, es cierto, todas las observancias exteriores que prescribe su regla; pero no se preocupa por lo demás. Es proverbial en él la ignorancia crasa, la inmoralidad y la holgazanería: sus propios correligionarios le desprecian, si bien le temen al mismo tiempo á causa del misterioso poder de que le creen investido. La fotografía de la pág. 401 los representa con su largo manto amarillo y el indispensable abanico en la mano.

No me parece fuera de propósito decir aquí algo sobre la nueva fase en que ha entrado al Buddismo ceilánés de quince años acá. Algunos sabios europeos la han dado en escribir libros en los que se trata de la filosofía budista; ciertos funcionarios ingleses han imitado el sistema, y por último los americanos, más prácticos que los otros, se han propuesto explotarlo. Un coronel americano llamado Alcots, secundado por una aventurera rusa, la Sra. Blevaski, han fundado el Teosofismo, especie de religión indefinible, que se adapta á todos los sistemas orientales, de suerte que recibe dinero de mano de los indios, ceilaneses y japoneses, lo mismo que de entusiastas ingleses y americanos.

El daño ocasionado por estos *buddistas blancos*, como aquí se les apellida, es incalculable, pues los indígenas, que empezaban á darse á partido viendo que su religión se extinguía paulatinamente, se rehacen al ser testigos de la importancia que le otorgan los europeos. Su indolencia se ha trocado en fanatismo; ridiculizan la Biblia que les habían enseñado los predicantes, y atacan audazmente al Cristianismo con las armas que les suministran los ateos de Europa y América.

Doloroso es que el Gobierno inglés de algunos años á esta parte favorezca el despertamiento del Buddismo en este país. No es raro que sus funcionarios atestigüen públicamente su admiración por este sistema. No hace mucho tiempo que un gobernador de Ceilán recibió oficialmente del de Bombay una reliquia de Budda y la entregó solemnemente á los sacerdotes budistas. Nuestro último gobernador visitaba los templos búd-

dicos, y en las recepciones solemnes del Estado un cuerpo de sacerdotes budistas cantaba en su presencia una invocación en favor del soberano. Llegó hasta á proclamar como día de fiesta oficial el *Wesak*, aniversario del nacimiento de Budda. Así es que los budistas de Ceilán daban á sir Arturo Gordón el nombre de *Gobernador budista*.

Todas estas influencias juntas hacen cada vez más difícil la tarea de los misioneros, y han originado un estado de animosidad continua entre budistas y católicos. Los primeros complácense en recorrer calles y plazas con sus ruidosas procesiones en honor de Budda, pasando cerca de alguna de nuestras iglesias á modo de reto y provocación. Nuestros católicos, que no tienen sangre de horchata, difícilmente soportan semejante insulto, y de ahí luchas frecuentes, que en 1883 y 1890 tuvieron un carácter sangriento. Este estado de hostilidad no es favorable á las conversiones, y así nos esforzamos en mantener la paz, sin permitir por eso que se humille á nuestros cristianos.

JUAN CRISÓSTOMO KHO

PRESBITERO CHINO LAZARISTA, EN PEKÍN

El Rdo. Alfonso Favier, vicario general de la Misión de Pekín, nos envía, con el retrato que publicamos en la pág. 385, la siguiente interesante noticia biográfica sobre el más antiguo sacerdote indígena lazarista, que vive todavía en China.

JUAN Crisóstomo Kho es un buen anciano de ochenta y seis años. Hijo de una familia tártara naturalizada en China después de la conquista, nació el año 1807 en la prefectura de Yun-ping-fu, dependiente de esta provincia del Tche-ly Norte. Deseando ser sacerdote, ingresó en la Congregación de la Misión: fué recibido en el noviciado á la edad de quince años en la residencia francesa del Petang en Pekín, donde conoció al Ilmo. Pires, y á los PP. Lauriot, Serra, Ribeiro, y al anciano P. Siccé, que fué su director. Ahora es el único viviente que haya visto el Petang que dió el emperador Kan-ghi. Esta casa no era grande ni vistosa, pero estaba situada en la ciudad imperial, como el Petang actual. He visto los cimientos de la iglesia, que medía setenta pies de largo por treinta de ancho y otro tanto de alto. La esplanda subsistía aún en la época de mi llegada el año 1862. Un buen pórtico, con pinturas religiosas, precedía á la iglesia, pintada también. Detrás del altar una torre de treinta y cinco pies, destinada á las observaciones, contenía la biblioteca: la sacristía estaba al lado, inmediato á uno de los altares laterales. En el mayor se veía una bella imagen del Salvador, á quien estaba consagrado. Estos detalles me los ha comunicado el P. Kho, que todos los días oía Misa en aquella iglesia. Al Oeste había la fábrica de cristal donde los misioneros preparaban los objetos que pedía el Emperador, y de la cual aun he visto los restos. Cerca de ella había un reducido patio con algunas habitaciones en las que estuvo preso durante siete años el reverendo Appiacci, secretario del cardenal Tournón.

El P. Lauriot vióse complicado en el proceso del venerable Clet en 1828: á costa de dinero pudo salvarse la vida; pero le fué forzoso retirarse á Macao, donde murió poco después. No tardaron en desaparecer todos los misioneros europeos, quedando único superior el P. Siccé, quien, arrojado finalmente por el Gobierno chino, se retiró á Mongolia con su reducida grey de novicios, entre los cuales se encontraba Juan Kho.

Habiendo ido éste á Macao para estudiar teología, conoció al Bienaventurado Perboyre, y fué su discípulo. Al cabo de tres años el Rdo. Tourette, superior de la Misión, envió á los jóvenes á Manila para que recibiesen el presbiterado de manos del señor Arzobispo. De vuelta á China, el P. Kho se dirigió á Mongolia. Indecibles son los peligros y trabajos que sufrió en su viaje de ida y vuelta, á pie ó en barca, desde Mongolia á Macao. El Ilmo. Mouly le encomendó todas las Mi-

siones de la capital, en la que permaneció quince años, bajo la continua amenaza de ser arrestado y perder la vida. Se puso á precio su cabeza, sin que se preocupara por ello. Era un santo joven, como es ahora un santo anciano.

Brillaron por fin mejores días. En 1860, después de la toma de Pekin, el Obispo pudo volver á la capital: el antiguo Petang, ó más bien las ruínas que quedaban, nos fué devuelto, y construimos la nueva iglesia de San Salvador. La antigua catedral restaurada, dedicada á la Inmaculada Concepción, fué encomendada al P. Kho, y una hermosa iglesia bajo la advocación de San José se levantó en breve al Este de la ciudad, cerca de las Legaciones. ¡Cuántas veces nuestro venerable compañero ha llorado de gozo viendo todas estas maravillas!

Más recientemente, en 1885, el Sumo Pontífice cedió el Petang al Emperador para completar los jardines imperiales. Pero se construyó un tercer Petang más bello y espacioso, mejor situado aún y en la misma ciudad imperial, á expensas y por orden del Emperador. Esta nueva iglesia, tan cerca del palacio del Soberano, la debemos, no á la fuerza, sino á la voluntad imperial: en ella no somos simplemente tolerados, sino instalados por la plena voluntad del mismo Emperador. En la fachada vense los grandes caracteres *Tche-Kien-Tien-tchutang*, que significan: "Iglesia del Señor del cielo, construida por orden imperial." El decreto expedido por el Soberano se ha publicado en toda la nación, y en él se hace el elogio de los misioneros y de la Religión: está grabado en mármol y lo cobijan pabellones imperiales cubiertos con tejas amarillas, honor reservado al Emperador.

¡Qué asombro! ¡qué consuelo para el P. Kho ver todos estos honores tributados á la Religión católica!

Por desdicha las enfermedades y su edad avanzada no le permiten celebrar la Misa: así es que me decía no ha mucho:

—¡No pude celebrar la Misa en el primer Petang porque era harto joven, y tampoco puedo celebrarla en el tercero porque soy harto viejo!

Con todo, este buen anciano es el primero en levantarse á las cuatro de la mañana, y es ahora, como lo ha sido constantemente, un modelo de regularidad y caridad perfecta.



MÉJICO.—Catedral de Morelia (Michoacán). (Pág. 390)

LOS JUDIOS EN DAMASCO

Acercas el modo como venga el pueblo de Damasco los crímenes de los judíos, y el aborrecimiento que en todas partes se les tiene, escribe el Rdo. P. Fr. Angel Ullibarri, M. O.

No es posible imaginar desprecio, injuria ni afrenta que estas gentes no causen á los judíos, que vienen siendo desde hace diecinueve siglos ruína de las naciones y azote de la humanidad.

En otras ocasiones, y sobre todo los niños, responden también con suma viveza y asombro:

—¡Si son judíos que mataron y sacaron la sangre al P. Tomás, y á Abd-el-Nur, etc., etc., y quisieron hacer lo mismo á fulano, y á zutano, y á mengano!...

Este es su argumento Aquiles, y es inútil intentar apearlos de él. A veces parecen convencerse, aunque después de mucho trabajo, pero... en viendo á un hebreo, ¡adiós sermón! es raro que no le hagan alguna diablura.



CEILÁN.—Bailarines del diablo. (Pág. 395)

Al ver el pueblo la perfidia sin igual de los hebreos, y al observar no obstante á los que debían tener recta la vara de la justicia, doblegarla sistemáticamente ante su *rey y dios actual, el oro*, se halla tan exasperado, que le es punto menos que imposible el contenerse dentro de los justos límites. Añádase además á esto el vivo recuerdo que aquí se conserva del horrible deicidio cometido en la cima del Gólgota por los dignos antepasados de estos obcecados hijos de Israel, y la grande indignación que se despierta contra ellos en todos los pechos cristianos, y no será difícil á nadie el formarse una idea aproximada de lo que por aquí pasa en este asunto; baste decir, que por regla general no tienen por pecado el maltratar á un judío, y aun se admiran de que se les corrija por ello. Repetidas veces, al reprenderles, me han contestado llenos de admiración:

—¡Padre, si es un hebreo, uno de aquellos que mataron á Cristo!

Y se quedan tan satisfechos de su respuesta como si á nadie pudiera ocurrírsele la menor réplica contra ella.

En una ocasión salí de paseo con los niños de nuestras escuelas, é hicimos alto en la orilla de un río, junto á un camino. Hallábame yo entretenido viendo cómo se divertían, cuando de repente observé que todos abandonaban sus juegos favoritos y se dispersaban sigilosamente por una y otra parte. Sorprendido por tal novedad les observaba aún con más atención, cuando he ahí que me los veo á todos armarse á porfía. Unos cogían piedras, otros palos, algunos un haz de ortigas ó algún ramo de espino, muchos llenaban la boca de agua, etc., etc., y en fin, que todos se prepararon como para alguna encarnizada lucha. Temiendo algún lance desagradable me acerqué á uno de los maestros, y le pregunté qué significaban tales preparativos. Me contestó que debía venir por allí algún judío, y que sin duda alguna querían ajustarle las cuentas. Por temor de lo que pudiera suceder indiqué á dicho maestro que tuviese cuidado, y, aunque con dificultad, dió algunas órdenes á los muchachos para que depusiesen sus armas. Obedecieron por el momento, mas apenas se aproxima-

ron los judíos, comenzaron algunos á tirarles piedras, y en un segundo se armaron todos de nuevo y comenzaron á descargar sobre ellos una lluvia de golpes, por fortuna no muy fuertes. Los más atrevidos se acercaban á ellos, y les escupían y arrojaban el agua que tenían en la boca, les mesaban las barbas, etc., etc. Al ver esto, llamé á un maestro seglar, y juntamente con él me dirigí hacia aquellos infelices para ponerlos en libertad, pero apenas llegamos junto á ellos me veo á dicho maestro pelarles las barbas muy de lo lindo. No tuve, pues, más remedio que agarrarlos del brazo para librarlos de aquel nuevo enemigo y de los anteriores. Comencé entonces á reprenderle por su conducta, y me contestó que era inútil esperar lo contrario, puestos en la ocasión. Añadió que él tenía otro motivo especial para proceder así, pues en una ocasión en que pasaba por el barrio judío le habían zurrado la badana. Los chicos tuvieron también su correspondiente reprimenda y castigo, pero como si no, pues siempre quedan con el firme propósito de hacer otro tanto en la primera ocasión que se les ofrezca.

Y no se crea que sólo los niños de la escuela se ocupan en tan delicioso entretenimiento para ellos, pues los mismos hombres y aun los turcos son los primeros en dar el ejemplo. Hallábame yo en otra ocasión en el terrado, y oí algunos gritos en la calle. No hice mucho caso en un principio, mas al ver que el barullo de la gente se aumentaba, quise observar lo que era. ¿Qué había de ser? pues un pobre diablo judío que había tenido el atrevimiento de pasar en tan mala ocasión por el barrio cristiano. Iba montado en un borrico y apenas podía caminar. ¡Tanta era la gente que le rodeaba! Después de recibir innumerables mojicones é insultos, lo derribaron de su cabalgadura para sacudirle mejor el polvo. En vano pedía auxilio, pues nadie se lo daba. A veces se adelantaban algunos como para librarle, pero era para arrancarle las barbas y escupirle en el rostro. Así estuvieron un buen rato, hasta que cansados de atizarle le dejaron en libertad.

Y no se crea que éste sea un caso aislado, pues como él se repiten á cada paso. Abofetearlos, escupirlos, tirarles ó quitarles lo que llevan en las manos, en la cabeza ó sobre los jumentos, es como suele decirse, el pan nuestro de cada día. Y lo verdaderamente admirable es el ver la estoica paciencia con que sufren tales insultos y atropellos. Gritarán, vociferarán, pero no se les verá defenderse.

La cobardía de tal raza es por otra parte increíble. Sólo á traición y entre muchos se atreven á insultar á alguno, pero basta que éste eche las manos al bolsillo en ademán de sacar alguna arma, para verlos huir precipitadamente. A veces da propiamente risa al ver un niño de ocho á diez años maltratando de obras y palabras á un judíazo que podía deshacerlo de un golpe. Con todo eso no se atreverá á tocarle en un pelo de la ropa. De esta conducta deduzco yo, que á no ser por las prescripciones del Talmud que ellos se creen rígurosísimamente obligados á cumplir, ni aun siquiera serían capaces de cometer los crímenes que cometen para proporcionarse la sangre cristiana de que hacen uso en su Pascua y en muchas de sus ceremonias sagradas.

No quiero terminar estas mal trazadas líneas sin des-

mentir un error que vi escrito en un periódico hace todavía poco tiempo. Se refiere al número de judíos que existe aquí en Oriente. Contenía dicho diario una lista de la población judía esparcida por todo el mundo, y al hablar del Asia Menor ponía la cifra ¡pásmense Vds.! ¡de 193!!! ¡Cuidado si los tenía bien contados! pero es el caso que sólo en esta ciudad hay unos 10,000, y añadiendo á éstos los de las demás ciudades de la Siria, Galilea y Judea, acaso me quede corto al afirmar que lleguen á 100,000. De éstos hay muchísimos descendientes de los que tan justamente fueron arrojados de España, y conservan todavía la lengua española. He oído decir que en Jerusalén hay unos 10,000. Lo cierto es que, al atravesar aquellas calles, no es raro oír hablar la lengua de Cervantes.

DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL Rdo. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

XX

Los djebalias.—Costumbres de los bereberes.—El Kanun.—La cruz picada.—El país de Matmata.—Beni-Zalten.—El desayuno.—Metameur.

Los djebalias no se han mezclado con los árabes, como las otras tribus. Su tipo es característico. No se nota en ellos la finura de miembros, la elasticidad de músculos, la delicadeza de sentimientos y las nobles maneras y rasgos que distinguen á los hijos del Islam. Más pequeños, de talla que no llega á mediana, regordetes, anchos de hombros y de andar algo pesado, tienen la cara más bien redonda que prolongada, los ojos azules y los cabellos rubios, que en algunos llegan al rojo ardiente de la aurora.

Encuéntranse diseminados desde El-Hamma hasta la altura de Benghazi en la Tripolitana. Las únicas aldeas bereberes aisladas, fuera de este territorio, son las de Majora, Seded, Sakket y El-Ayiacha, donde se habla el mismo idioma que en Duiret.

Los bereberes no son polígamos en teoría, y en su hogar la mujer goza de mucha autoridad é influencia. La idea de perfecta igualdad entre los diversos miembros forma la base del estado social. Todo adulto toma parte en la asamblea pública, en la que tiene voz y voto. La elocuencia, muy honrada entre ellos, es de uso cotidiano.

Las poblaciones bereberes, establecidas en el Norte de Africa mucho antes de la invasión musulmana, fueron en otro tiempo cristianas, conservando de su primitiva adhesión al Evangelio dos señales distintivas, el Kanun y el culto inconsciente de la cruz, cuyo significado ignoran. El Kanun, que regula las relaciones de los bereberes, no es otra cosa que la antigua legislación de la Iglesia, transmitida por la tradición y la escritura, y conservada, en virtud del uso y de las costumbres, á pesar de la adopción del Korán.

La cruz picada en la frente es también un testimonio auténtico del cristianismo de los antepasados, digan lo que quieran los escritores modernos que han tratado esta cuestión.

Antes de la era cristiana la cruz era una señal de

ignominia reservada para los esclavos, y por lo mismo á nadie se le hubiera ocurrido ponérsela picada en una parte visible del cuerpo. La Religión de Jesucristo es la que popularizó y ennobleció su imagen, haciéndola objeto de veneración, aun después de la terrible conquista del Islam. Negar que la cruz sea un postrer vestigio de este cristianismo de los primeros siglos, hoy desaparecido, es negar un hecho de evidencia histórica.

Los djebalias, pues, son bereberes.

Rutinarios hasta lo sumo, conservan de sus antepasados costumbres cuyo sentido y origen ignoran. En medio de la frente llevan picada de azul la cruz del cristiano, sin conocer su significación. Por ignorancia han adoptado las leyendas de otras tribus, y creen que proceden de un santo del Islam.

Saben, no obstante, que no han sido siempre musulmanes, lo que no les impide ser muy fanáticos, á pesar de ignorar los principios del Corán y preocuparse muy poco de ponerlos en práctica.

Los djebalias del Sur se dedican algo al comercio. Los habitantes de Duiret y Guermesa envían aún caravanas á Ghadames, y conservan relaciones constantes con los tuaregs, con quienes parecen tener cierto grado de parentesco. Unos y otros sirven casi del mismo idioma berebere. El dialecto de Chenini ofrece notables diferencias, lo que prueba que los djebalias pertenecen á las dos ramas de la gran familia berebere.

Los matmatas tratan en común los negocios públicos, y casi todos tienen el don de la elocuencia. Saben contemporizar y pueden, bajo este concepto, rivalizar con los chinos.

El país de Matmata y el Araad no son visitados y permanecen desconocidos, á causa de que no hay caminos, ni posadas, ni medios de transporte, ni probabilidades de encontrar víveres. ¡Desdichado el viajero que se aventura solo, sin ponerse previamente bajo la protección de la Autoridad militar! Los indígenas huirán á su vista; no podrá procurarse ni siquiera una taza de leche, y cuando no se extravíe, pronto sucumbirá por falta de alimento.

Yo no tengo que temer tales peligros. Se han dado órdenes, y cada jeque de pueblo me proporciona un guía que me acompaña al pueblo vecino. Durante ocho días recorro sin descanso la región, unas veces solo con el guía y el spahi, y otras en compañía de los señores oficiales, que me procuran caballos excelentes. Las jornadas son por término medio de cincuenta kilómetros, y algunas de sesenta y cinco y setenta y ocho. Esta parte de mi viaje, en la que no escasean las aventuras, es la más penosa y llena de emociones.

Desde Hadege hasta Beni-Zalten y Tujana tengo que pasar por desfiladeros, cuencas y escabrosidades que en sorpresas para la vista, en desolación, aridez y graciosos recodos en nada ceden á los puntos más pintorescos de Suiza. La diferencia consiste en que las montañas son menos altas, y las palmeras substituyen á los abetos. Las cascadas y los torrentes están secos, y el guía anda por ellos siguiendo sus meandros con los pies desnudos, insensibles á los ángulos agudos de los guijarros.

Llegamos á la montaña que, es preciso subir. En su cumbre que dora el sol levante, las grutas peñascosas de Beni-Zalten brillan como palacios de mármol. Escalónanse unas sobre otras como gradas de una escalera gigantesca, y el viajero se pregunta si la montaña forma las casas, ó si las casas forman la montaña, tan juntas están y tanta es la pendiente del terreno que parece una pared.

Los indígenas vienen á saludarme y más que todo á examinar á este viajero desconocido, cuyo albornoz malamente oculta el sombrero europeo. A partir de Beni-Zalten me saludan como inspector de los morabitos franceses. El único morabito de la región es el párroco de Gabes, que nunca ha parecido por estas montañas, y yo soy el primer sacerdote que ha pisado la meseta de Tujana.

Hallo otros trogloditas, cuyas cuevas son algo diferentes de las de Hadege.

Después de Tujana, cuya altura pasa de seiscientos metros, la naturaleza parece suavizarse; las pendientes son menos rápidas. Andamos breves momentos á orillas de un Ued por el que corre agua muy clara. La vegetación es también más abundante.

Estamos de viaje desde las cuatro de la mañana, y el sol, á pesar de la brisa, empieza á ser insoportable.

—Sidi, me grita el spahi, ¿qué hora es?

—Las once.

—Entonces ¿vas á almorzar?

—Y tú, ¿quieres almorzar conmigo?

—No puedo: es Ramadán. Después tendría que reemplazar los días de ayuno.

Viendo á poca distancia un bosquecillo, me apeo y almuerzo á la sombra de una frondosa higuera. Ofrezco al guía un cuarto de gallina para su comida de la noche, y lo rehusa porque el volátil no ha sido inmolado según las prescripciones del Corán, y prefiere padecer hambre antes que faltar á la ley.

Al cabo de una hora de siesta monto de nuevo á caballo y atravieso otra montaña: el sol está próximo á ponerse cuando llego á la llanura. Pero ¡qué horizonte! Inmensas praderas se extienden á nuestro frente, cortadas á trechos por bosquecillos de lentiscos, azufaios, granados silvestres y verdes encinas.

Bandadas de perdices revolotean por todas partes. Mi guía se detiene en cada bosquecillo para espiarlas y descargar su carabina. (V. pág. 389). Repiten sus detonaciones todos los ecos de los alrededores; pero la caza evita más de una vez el plomo mortífero.

A lo lejos se levanta la famosa Tadjera, la montaña histórica, semejante á un león recostado en el desierto, junto á la cual se decidió en otro tiempo la suerte del país, en una batalla cuyo recuerdo consérvase aún vivo entre los indígenas.

La llanura no tiene limite. La inmensa pradera ofrécame sin cesar valles ignorados, y la tarde toca á su fin cuando, rendido de cansancio, veo el oasis, el río y los techos del Ksar de Metameur. Me hallo todavía á siete kilómetros de Medenina. Encuentro por el camino soldados de pantalones rojos, y oigo resonar el clarín. Llego al galope al campamento, donde me dispensan cordial acogida el comandante Rebillet y su esposa.

XXI

El salón de la Sra. Rebillet.—El comandante de Medenina.—El campamento.—El riego.—El Ksar.—Los nómadas uergemmas.—Los pulpos.

La Sra. Rebillet pone á mi disposición un aposento adornado con almohadones y pieles, magnífica muestra de la industria de los tuaregs. Estos nómadas sobresalen en el arte de teñir el cuero, cortarlo en finas correjuelas y unir todos estos pedazos de colores diversos de manera que produzcan dibujos complicados de carácter exclusivamente africano. Fabrican asimismo con la piel de gacela cinturones rojos, verdes y amarillos, esmaltados con discos blancos y medias lunas rosáceas tricolores; cojines amarillos como el ámbar, salpicados de losanjes negros rodeados de listas rojas; bolsas, gaitas, cortinas, etc.

A lo dicho añádanse huevos de avestruz pintados, vajillas rojas, vasos de cerámica de tonos fuertes, que parecen haber salido la víspera del horno del alfarero, y que data de veinticinco siglos; ánforas de delgado cuello, asas retorcidas y ancho vientre; platos púnicos, aguamaniles griegos y lámparas romanas con adornos de inaudita finura. Si mezcláis á estos objetos antiguos, tapices árabes muy blandos y brillantes, lusas tunecinas, taburetes con incrustaciones y algunos muebles modernos, tendréis una idea del carácter original que presenta el salón de la Sra. Rebillet, y del gusto delicado é ilustrado de una ama de casa.

Es la única mujer francesa que hay en toda la re-

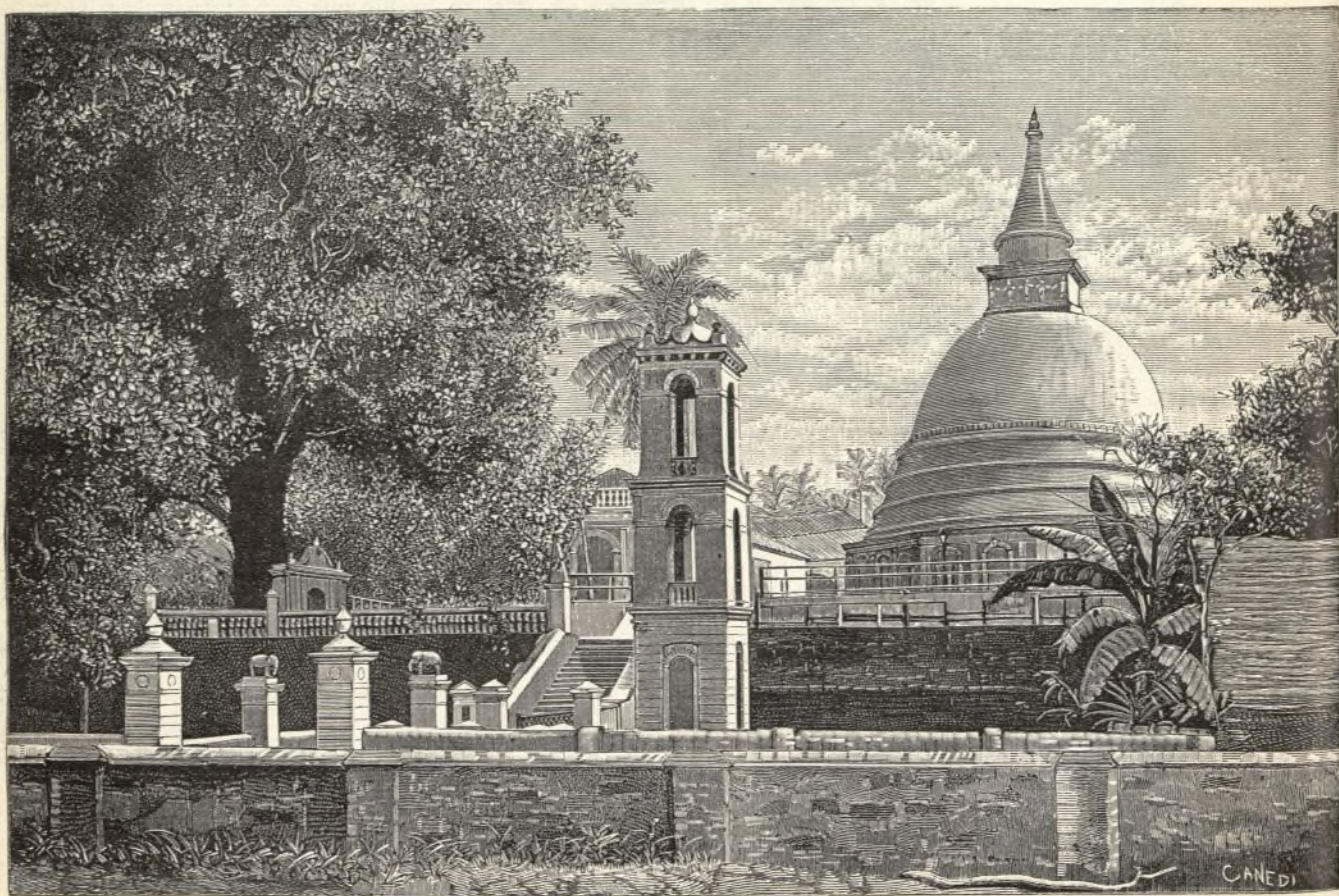
gión. Ningún oficial se ha aventurado con su familia más allá de Gabes y Zarzis. La Sra. Rebillet no ha temido seguir á su esposo hasta Medenina, y mostrar á los nómadas uergemmas el orden y el encanto de una casa europea.

El Sr. Rebillet, sujeto muy distinguido, es un antiguo alumno de la escuela Politécnica. Filósofo y erudito, es además buen narrador y muy cortés. Conoce á fondo el Sur de Túnez, y particularmente la región de los Chotts y el Araad de Gabes, y ha escrito un libro exponiendo la importancia política de este país, y las costumbres y el origen de las tribus.

Encontrar de pronto, en medio de mis rudas jornadas, entre la gruta del troglodita y la tienda del nómada, una casa europea, rostros benévolos, la conversación, los miramientos y el agasajo de una familia distinguida, es sobremana delicioso. Es preciso haberse visto privado durante algún tiempo de todos estos bienes, que son el encanto de nuestra sociedad, para saborear su dulzura y conocer todo su valor.

El campamento está dispuesto en una meseta calcárea; las construcciones son muy bellas; pero faltan árboles. Lo separa del Ksar de Medenina, un valle en el que el comandante ha creado soberbios huertos y un oasis.

El caudal de aguas subterráneas es poco profundo. Los pozos son numerosísimos, y suministran el líquido fertilizante por un procedimiento ingenioso, distinto del de la noria. Un camello tira por un plano inclinado una cuerda que pasa por una polea y sube una enorme bolsa de cuero. Cuando ésta ha llegado á la altura apetecida,



CEILÁN.—Monasterio búddico y *Dagoba*, especie de tumba ó relicario. (Pág. 395)

una cuerdecita la inclina automáticamente y viértese el agua en un receptáculo, desde donde se derrama en muchos canales que terminan al pie de los árboles. En una hora pueden regarse casi cincuenta palmeras.

Al otro lado del valle el Ksar presenta su recinto circular y la serie de sus *rorfs* con bóvedas concéntricas, en disminución en torno del alminar de la Kasba. (V. pág. 392).

El Ksar de Medenina es un recinto fortificado, en el cual multitud de graneros, en forma de cilindros horizontales, se amontonan hasta cuatro y cinco y pisos. El muro exterior es continuo, y una sola puerta da entrada al recinto de las construcciones. Tortuosas calles conducen desde la puerta á muchas plazuelas que son como otros tantos centros. Piedras salientes en el muro, una cuerda colgante, y una escalera con peldaños afirmados con un poco de yeso, permiten llegar á los pisos. Los aposentos no son en realidad sino graneros, depósitos y almacenes donde los nómadas conservan el trigo, la cebada, el aceite, la lana, los dátiles y otras provisiones. Un guardian que tiene su tienda en la plaza principal, cierra y abre cada día la puerta del Ksar, y conserva la llave de cada *rorf* á la disposición del propietario.

El Ksar de Medenina es durante el día un lugar de mercado, y el centro más importante para los cambios de toda la región del Araad y aún del Sur tunecino. Sirve de capital y punto de reunión á unas veinticinco mil almas, pues, como su nombre lo indica, está en el centro de la inmensa llanura.

El de Metameur parece más antiguo, pero es menos importante. En él tienen sus almacenes los tuazinos, y está encomendada su custodia á las tribus zauías.

Ocupa la llanura la gran tribu de los uergemmas, antiguos bereberes, mezclados con sangre árabe, que se dividen en cuatro grupos: 1.º Los khesurs, al NE.; 2.º los tuazinos, al SE.; 3.º los uernas, al S., y 4.º los akkurus, al E.

Los nómadas uerghemmas se dedican al pastoreo de los rebaños, y á la siembra y cosecha de cereales en terrenos escogidos. Pasan cuatro meses del año en los Ksurs, en donde se reúnen después de la siega por Junio, reanudando sus excursiones aventureras por Octubre, en la época de las lluvias. Acampan en tiendas ó



CEILÁN.—Sacerdotes budistas. (Pág. 395)

mejor en chozas de paja, juncos ó ramas. El considerable número de insectos que los devoran, obliganlos á cambiar con frecuencia de lugar, y éste es uno de los motivos de que toda habitación fija les sea insostenible.

Así que aparece una nube en el horizonte, parten al galope varios ginetes para averiguar el punto en donde ha llovido, y la tribu marcha hacia el punto señalado. Los hombres á caballo que van á vanguardia indican la pista, y están prontos á rechazar el enemigo, sea hombre ó cuadrúpedo, león, pantera, hiena, chacal, zorra ó gacela. Llevan cargadas las carabinas, y colgados del cinto los yataganes.

Unos tras otros y á veces en dos hileras, siguen los camellos con las provisiones, los muebles, los utensilios de cocina, las cuerdas y los postes para las tiendas. Los

carneros y las cabras, rodeados de los perros, ocupan el centro del pelotón. Las mujeres y los muchachos andan á pie; y los ancianos, enfermos y niños de pecho en cabalgadura. El convoy adelanta con lentitud para que pueda pacer el ganado. Al anochecer arman la tienda, encienden fuego, y las mujeres preparan el kuskus y los ginetes sus largas pipas. Luego hablan y duermen á la luz de las estrellas, para continuar el día siguiente su paseo, pero sin precipitación, con la calma propia de filósofo del desierto; pues Dios, autor del tiempo, ha creado suficientes días para todas las cosas, y los hombres nunca deben temer que lleguen á faltarles. La tribu labra el suelo regado, lo siembra, y luego se interna hacia el Sur, de donde no vuelve hasta el momento de la siega.

Todas esas tribus, no ha mucho turbulentas, rebeldes y merodeadoras, hacían continuas incursiones en el territorio de sus vecinos, especialmente de los djebalias, cometiendo mil tropelías, que ocasionaban derramamiento de sangre. En efecto, como los rebaños que habían arrebatado entorpecían su marcha, tenían tiempo los pastores de dar la señal de guerra, y reunirse en gran número para perseguirles y quitarles el botín, no sin hacer uso de las armas de fuego.

La vida de los nómadas era una perpetua alarma. En todos los puntos culminantes, centinelas apostados vigilan aún la extensa llanura, y no transita un jinete en veinte kilómetros á la redonda, sin que sea señalada su presencia, y sin que se escudriñen y adivinen sus intentos. Empero los combates y las depredaciones tienden á desaparecer, pues los oficiales franceses saben inspirar á todos el respeto al derecho y el temor al castigo.

Me ha llamado la atención la familiaridad y deferencia de los nómadas con la Autoridad militar. Esta gente vive más á sus anchas que los campesinos franceses. Con el comandante Sr. Rebillet visito los ksurs de Medenina á la hora del mercado. Circulamos por el dedalo de callejuelas en medio de camellos y asnos cargados, de niños que juegan, y de mujeres picadas que almacenan mercancías, ó preparan paquetes para la próxima expedición. Todos los hombres saludan al comandante como á un amigo, y los jeques se acercan á darle la mano acompañando este acto de cortesía con numerosos *salems*.

Las cuerdas, las alcarrazas, los pulpos secos, de tentáculos rosados, y el tabaco, paréceme son los principales objetos de venta. Los nómadas, en efecto, necesitan cuerdas para los pozos, tiendas y bagajes, y alcarrazas para refrescar el agua potable. El pulpo seco es un alimento delicioso muy apetecido por los árabes.

Los pulpos abundan extraordinariamente en el golfo de Gabes y sobre todo entre Sfax y las islas Kerkenah. Este cefalópodo no es, según pretende Víctor Hugo, una piel vacía que se puede volver del revés como un guante, sino una masa gelatinosa armada con ocho tentáculos provistos de ventosas. En el centro tiene la cabeza, animada por dos grandes ojos y que termina en pico de loro. Cuéntanse leyendas fabulosas de estos extraños animales, que llegan á veces á tener tales dimensiones que se les ha tomado por islas. Al hombre no le es siempre posible resistir á los abrazos de los

ocho tentáculos que le estrechan fuertemente contra el cuerpo del monstruo. El 30 de Noviembre de 1860 los tripulantes del *Acteón*, no lejos de Tenerife, tuvieron que luchar tres horas contra un pulpo cuyo peso excedía de dos mil kilogramos. Los de Túnez en general pesan de dos á tres libras.

La llanura del Araad es naturalmente fértil, pero los nómadas apenas la cultivan, y prefieren los pastos. Así, inmensas extensiones de terreno están cubiertas de plantas y altas hierbas, entre las que noto el drin, delicia del camello, muchos mirtos, y algunos terebintos, jaras, romeros, salvias y espliegos.

En torno de los Ksurs, á campo raso, las tiendas de las tribus se alzan al abrigo de una ondulación del terreno. A lo lejos abren un claro en la verdura, y los rebaños que pacen, los jinetes que cabalgan, los perros que ladran y el humo de las fogatas son siempre indicio de la proximidad de esas moradas efímeras, que no se descubren á primera vista. Entonces es preciso pasar de largo, si no se quiere entrar en conversación con los centinelas y provocar los gritos de indignación de las mujeres.

HEROISMO DESCONOCIDO

UNA feliz coincidencia me hizo presenciar en este Colegio de Santo Tomás una de esas escenas tier-nas, conmovedoras, interesantes que no pueden menos de impresionar profundamente á quien tenga cabeza para pensar y corazón para sentir. Diecinueve Religiosos acaban de abandonar este Colegio que alguien quiso llamar «mansión de justos, escuela de virtud, santuario de la ciencia, taller de almas de gran temple, venero fecundo de apóstoles, morada de españoles de pura raza, escogido ejército de héroes, y paraíso terrestre.» A su cabeza marchaba un soldado veterano que, curtido ya en las fatigas del Apostolado por largos años en el Archipiélago filipino, habíase retirado al Colegio á reponer sus quebrantadas fuerzas, y apenas conseguido su objeto, vuelve con nuevos bríos al campo de batalla, ganoso de medir otra vez sus bien templadas armas con las de los seides de la irreligión y la barbarie.

Algunos días antes de emprender el camino de su ostracismo voluntario, se les intimó la orden, en sí misma terrible; pero lo que á otros sumiría en abismo profundo de dolor, á ellos los colmó de indecible gozo. Ha llegado la hora feliz, se decían, de realizar nuestro más bello ideal; y aquellos modestos y juveniles rostros, en que se ven tan claramente marcadas las huellas de la mortificación cristiana, se animan con desusada vida y rebosan de inexplicable júbilo. Como preparación y en demanda de feliz viaje, los mismos jóvenes cantan una solemne Misa y *Salve* á la Santísima Virgen del Rosario, titular de su provincia y su principal abogada. Al toque de la campana concurre luego toda la Comunidad al coro; póstranse en el medio los que han de marchar, recítanse las preces litúrgicas de los viajeros, y, recibida la bendición del Superior, recorren uno en pos de otro todas las filas de los Religiosos, dándoles el último

adiós, estrechándolos entre sus brazos, mezclando mutuamente sus lágrimas, hijas del amor fraternal, enviando los que se quedan la suerte de los que se van. ¡Qué frases tan conmovedoras resuenan allí en tan solemnes momentos! «¡Hasta el cielo!» exclaman los venerables ancianos que por largos años han estado derramando en abundancia sobre aquellas inocentes almas los tesoros de su ciencia y virtud. «¡Adiós, Padre mío, adiós!» contesta con voz entrecortada por los sollozos el agradecido discípulo; no me olvide en sus oraciones, que yo no le olvidaré jamás.» «Hasta luego,» dice este joven, á quien seguirá cobijando por algún tiempo todavía la sombra protectora del Colegio. «¡Quién tuviera la dicha de acompañaros!» dice otro. Todos, en fin, reclaman recíprocamente sus oraciones y se dan las más elocuentes pruebas de caridad verdaderamente cristiana.

Esto tenía lugar á las ocho y media de la noche del día 24; y á las doce y media los nuevos apóstoles se dirigen á la estación para tomar el tren que ha de conducirlos á Madrid primero y después á Barcelona, desde donde zarparon el día 28 con dirección por de pronto á Manila.

Y bien, ¿es una realidad ó es un sueño lo que acabo de ver? me pregunté á mí mismo, recogido ya en mi celda y en medio del profundo silencio del claustro. ¿Quiénes son los que acaban de salir de aquí? Una brillante pléyade de jóvenes, que vuelve valerosamente las espaldas á todas las risueñas esperanzas con que les convida el porvenir; que tiene bastante grande el corazón para sacrificar los más caros recuerdos y afectos; que abandona á sus padres, hermanos, parientes y amigos; que renuncia á su patria sin pensar en volver á pisar jamás su alegre suelo, ni gozar de su hermoso clima; que absorto, en fin, por la grandiosa idea que le preocupa, se olvida de todo y hasta de sí mismo.

Pero ¿á dónde se dirigen? A las apartadas regiones del Extremo Oriente: á China, á Ton-kin, á Formosa, á Filipinas, á donde quiera que haya desgraciados á quienes puedan hacer felices, arrancándolos á las tinieblas de la ignorancia, á la degradación de la barbarie, á las cadenas del vicio, y convirtiéndolos en hombres, en ciudadanos, en cristianos en el tiempo para convertirlos en bienaventurados en la eternidad.

¿Y es de fácil realización esa empresa? Dificilísima por todo extremo. Cambiar la zona templada y el delicioso clima de España por la zona tórrida y su ardoroso cielo; renunciar para siempre á las variadas producciones, á la rica, sabrosa, sana y nutritiva alimentación de nuestros continentes por la monótona, pobre, insípida é insustancial de las regiones asiáticas, reducida casi exclusivamente á la prosaica morisqueta, es decir, arroz cocido con agua, sin condimento alguno, insuficiente para conservar en su vigor el organismo europeo, aniquilado además por un sudor copioso y constante, y por la falta de tono que naturalmente resulta de la uniformidad de las estaciones del año; el ejercicio continuo de la paciencia que necesita el carácter español para tratar siempre con los indolentes, apáticos é insensibles asiáticos; el trabajoso ministerio del apostolado, que tan amargo resulta muchas veces por la doblez y falsía de los infieles; en fin, padecimientos cró-

nicos, y de ordinario una muerte temprana; he aquí el cúmulo de dificultades que ha de vencer el valor intrépido de un misionero.

¿Tendrán, empero, alicientes poderosos, que contrapesen tantas dificultades? En la tierra, y por parte de los hombres, ninguno. El más completo olvido, la ingratitud más negra es el pago de tantos y tan penosos sacrificios. Verdad es que hacen profesión de imitar perfectamente á Jesucristo, á quien pagó el mundo sus infinitos sacrificios con un infame patíbulo; porque el mundo siempre fué y será el mismo. Esto, y la esperanza de la brillante corona que les aguarda y vislumbra ya á través de los celajes que los separan de la eternidad, les inspira ese valor indomable, les empuja con fuerza irresistible por el camino de la grandeza, les hace mirar con soberano desdén los juicios y recompensas de los hombres. Son varones justos: y el justo, dice Dios, vive de la fe. *Justus ex fide vivit.*

¿No son esos misioneros, me diréis, los que han conquistado para España, y á través de los siglos vienen conservándole, á tanta costa suya, posesiones tan vastas y ricas? Nadie lo duda. ¿Cómo, pues, viven y mueren olvidados, mientras que cada día vemos tratar de immortalizar con inscripciones y monumentos á hombres cuyo mérito consiste en haber armado pronunciamientos y revoluciones, derribado altares y tronos, extrañado las ideas sociales, hecho correr á torrentes la sangre española, sembrado lágrimas, luto y desolación en las familias, arrastrado la nación á la más pavorosa bancarrota económica, moral y social? Pues ahí verá V.

Y, sin embargo, á esos ángeles de paz ni poco ni mucho les preocupa esa conducta incomprensible del mundo. Se han propuesto fines mucho más elevados: dar gloria á Dios; ser útiles á su patria; hacer felices á sus hermanos, sembrando por doquiera con tanta profusión como les sea posible, las luces de la Religión, de la civilización y de la ciencia, y hacerse con esto acreedores á recompensas eternas. Cuando esto han conseguido, sus levantadas aspiraciones están cumplidas, satisfechas sus nobles ambiciones. Si esto no es heroico, confieso que no sé lo que es heroísmo.

Y, no obstante, esto tiene lugar todos los días, sin que apenas nadie pare mientes en ello. ¡Cuánto heroísmo desconocido!

F. C. G. CIENFUEGOS, O. P.

Avila, Mayo de 1893.

CONVENTO MEJICANO EN LOS ESTADOS UNIDOS

BIEN se dice, leemos en un periódico de Méjico, que todas las heridas sanan con el tiempo; sin embargo, muchas de ellas dejan hondas é imborrables cicatrices que duelen aún años y años después de haberlas recibido.

Esta verdad palmaria se ha presentado á nuestro espíritu cuando no hace mucho hemos leído las noticias sobre las sublevaciones de indios y no indios ilusos de la Sierra del Tarahumara, en el Estado de Chihuahua, asegurándonos persona muy competente que estos faná-

ticos no eran nada católicos, pero sí honrados y valientes, que caminaban por senderos extraviados por falta de cultura.

Esta actual falta de cultura fué originada en el siglo pasado por la expulsión violenta, injusta é irracional del Gobierno de España, y por la cual se privó á aquellas comarcas de ilustres varones, de verdaderos santos que sacrificaron toda su vida para arrancar de la idolatría aquellas comarcas y para llevarlas á la verdadera civilización.

Debían entonces ser servidas las Misiones en aquellas apartadas tierras por el venerable y célebre Colegio apostólico de Guadalupe de Zacatecas, que fué fundado y estaba sostenido por la rama menor de los hijos de San Francisco de Asís.

Difícil fué la tarea impuesta á los Franciscanos por la falta de misioneros, habiéndose multiplicado las Misiones; sin embargo, acometieron este gran trabajo de la obra civilizadora de aquellas comarcas y moralizadora de aquellos pueblos, como el que habían acometido siglos antes de acompañar á Cristóbal Colón y los primeros descubridores del continente americano, cuya apoteosis hemos podido admirar en el Centenario Colombino, y cuyas fiestas aun no han terminado.

Llegaron los tiempos de la Reforma, y con ellos la exclaustración... y solitarios y en ruínas quedaron los conventos de los Franciscanos, y solitario también el célebre Colegio Guadalupe de Zacatecas, á cuyos alrededores se había formado una hermosa villa, que en florecientes jardi-

nes parece un oasis entre los desnudos cerros de la ciudad minera.

Forasteros y extranjeros, al pasar por Zacatecas, se apresuran á ir á visitar la vecina villa de Guadalupe y su antiguo Colegio, que hoy día está transformado en un moderno orfanatorio, admirando su antigua iglesia que sirve de parroquia, y la muy hermosa capilla de la *Purísima de Nápoles*, uno de los templos más esplendentes de Méjico y aun del continente americano.

Pero si á pesar de su exclaustración por algún tiempo, pudieron aún los celosos Franciscanos conservar su posición en sus múltiples Misiones, la muerte diezmando sus filas, la ancianidad y las enfermedades imposibilitando á otros de desempeñar los arduos trabajos que exigen las Misiones, una tras otra tuvieron que abandonar, y toda aquella gente cayó en la barbarie y en la superstición, y los frutos de un siglo y más, de trabajos, se perdieron, y ahora hemos podido observar las

tristes consecuencias de este abandono.

Bajo la influencia de las observaciones sobre resultados tan aflictivos, ha germinado en el espíritu de los Franciscanos de la Colegiata de Guadalupe de Zacatecas, la idea de no dejar morir esta santa institución, y no teniendo la situación otro remedio, los que tienen aún alguna fuerza y vigor, con dolor de su corazón han abandonado el patrio suelo y emigrado á tierra más hospitalaria, dirigiéndose á la Alta California, al Condado de San Diego, para restaurar en la antigua Misión de San Luis Rey el venerable Colegio de Guadalupe de Zacatecas.



BIRMANIA.—Ruina de una estatua colosal de Gautamā. (Pág. 393)

El día 21 de Mayo próximo pasado tuvo lugar la solemne inauguración de la nueva casa, asistiendo á la función religiosa el Ilmo. Sr. Mora, obispo de la diócesis, acompañado de su Vicario general y de una inmensa multitud de fieles, formando el núcleo de la nueva Comunidad varios sacerdotes mejicanos del antiguo colegio ya reunidos, y cuatro novicios que en este acto recibieron el hábito.

He aquí en que términos refiere un periódico californiano la reseña relativa al recibimiento que se hizo á los Franciscanos de Zacatecas:

«El pueblo de los Estados Unidos, como que es un gran pueblo, acoge con entusiasmo todo lo que es grande, y tributa su admiración y su respeto á todo aquello que asilándose, viene á dar ensanche á su prosperidad y á su engrandecimiento. El pensamiento de restaurar las antiguas Misiones de la Alta California no puede ser friamente considerado por una nación ávida del acrecentamiento progresivo del número de sus habitantes; así es que la llegada de los misioneros zacatecanos á una de las ciudades más florecientes de los Estados de Occidente, fué celebrada del modo con que aquel pueblo acostumbra solemnizar los acontecimientos faustos. El telégrafo difundió la noticia con rapidez en su radio de centenares de leguas; las empresas ferrocarrileras organizaron viajes de recreo con gran rebaja de precios de pasaje, y mil y mil curiosos en más de cien leguas á la redonda, se apresuraban á abandonar sus hogares para venir al condado de San Diego á presenciar uno de los acontecimientos más memorables en los fastos de las dilatadas playas del Pacífico.»

Creemos que Dios bendecirá el sacrificio consumado por los ancianos hijos del Seráfico Santo de Asís, y les deseamos que el Colegio de Guadalupe de Zacatecas, conservando su carácter netamente mejicano, prospere en aquella región, en donde mucho podrá hacer para las Misiones de la Alta California y entre los bárbaros de la frontera; sin embargo, esperamos que estos piadosos misioneros de este su nuevo centro, podrán enviar sus apóstoles á aquellas comarcas patrias, que en tiempos anteriores han trabajado con tan felices resultados.

CRÓNICA

España.—En el puerto de Barcelona, el viernes, 19 de Agosto, se embarcaron en el vapor *Isla de Panay* dieciocho Religiosos Agustinos y ocho Jesuitas, que van á las lejanas islas Filipinas á propagar la luz de la verdad. Dios les conceda feliz viaje.

—El Rdo. P. Joaquín María de Llevaneras, provincial de los Capuchinos de Castilla, superior y procurador de las Misiones españolas de Ultramar, ha presentado al cardenal Ledochowski, prefecto de la Propaganda, una interesante relación acerca de las Misiones de las islas Carolinas y Palaos. El Padre Procurador, que ha visitado personalmente aquellas Misiones, fundadas después del arbitraje del Sumo Pontífice León XIII en la cuestión pendiente entre España y Alemania, no sólo traza un cuadro exacto de la situación religiosa de aquellas islas, sino que también da una detallada relación de su clima y de las costumbres, traje, idioma y carácter de sus moradores.

La memoria del Padre Procurador es un nuevo servicio que prestan las Misiones católicas á la ciencia, á la Geografía, al comercio y á la civilización.

Suecia.—El menor número de católicos en Europa se cuenta en los países escandinavos. Sin embargo, es considerable el aumento desde hace algunos años. Gothenburg, ciudad fundada por Gustavo Adolfo en 1607 y que tiene 100,000 habitantes, es la primera estación católica; tiene una bella iglesia de estilo gótico y una escuela muy bien regida. Almstad, con 12,000 almas, sólo cuenta con 40 católicos; en Malmou, de 50,000 almas, hay la parroquia de San Salvador y una escuela con 20 alumnos. En la capital, Stocolmo, á 126 leguas de Malmou, es vicario apostólico del reino y tiene á sus órdenes cuatro sacerdotes, Mons. Bitter, y dos parroquias; la de Santa Eugenia, fundada en 1840, y la de San Erico, en 1890. La capital cuenta 300,000 almas.

Norrköping, con 35,000, cuenta algunos católicos, la mayor parte obreros; mas no hay iglesias ni párrocos. En Jaffe, al Norte del golfo de Bothnia, hay una parroquia, y el rector dirige una escuela de niños. En Valmork, una familia católica que allí reside ha edificado una hermosa capilla. En San Olaf se conserva una iglesia anterior á la Reforma, con un buen cuadro de la Pasión del Señor, muy venerado de los mismos calvinistas, y que se expone al culto público todas las Cuaresmas, y un altar dedicado á la Virgen y á dos Santas, Ana y Catalina de Alejandría. Hay una Misión permanente de la Orden de Padres Predicadores.

Bulgaria.—Desde Burgas escriben lo siguiente sobre una procesión del *Corpus* á orillas del Mar Negro:

«Aquí se solía celebrar la procesión del *Corpus* el día mismo de la festividad; pero siendo ésta sólo para los latinos, se trasladó, para mayor solemnidad, al domingo infraoctava. Llega el día señalado, y toda la ciudad acude á la iglesia y á las calles del tránsito, donde se ven mezclados en amigable consorcio búlgaros y griegos, armenios y turcos, rusos y hebreos, franceses é italianos (propiedad exclusiva del Oriente, donde se encuentran tantas razas de diversas religiones). Y no se crea que allí reúne la simple curiosidad á aquella variada muchedumbre, sino el deseo de presenciar el triunfo de Jesús Sacramentado, en cuyo honor van entonando cánticos numerosos jóvenes católicos griegos, búlgaros é israelitas, mientras los que forman fila á su paso cubren de flores el camino.»

Tierra Santa.—«El día 15 de Julio, escribe un reverendo Padre Carmelita del convento del monte Carmelo, concluimos el novenario de Nuestra Madre Santísima, y el 16, que era el día solemne, á las tres de la mañana llegaban ya al Carmelo las gentes de Caifa y de otros pueblos, y como era domingo, hubo bastante afluencia de gente. A las ocho y media se cantó la Misa solemne, en la que oficiaron el Padre Guardián y demás Religiosos Franciscanos venidos de Nazaret, y que fué ejecutada muy bien por un coro de niños de Caifa y su director de las Escuelas cristianas. El P. Alejo del Sagrado Corazón de Jesús, carmelita descalzo y párroco en nuestra Misión de Caifa, hizo un brillante panegirico en árabe. Por la tarde, después de cantar Vísperas se expuso el Santísimo Sacramento, se cantó una bonita letanía, luego el *Tantum ergo*, y después que se dió la bendición con el Santísimo, y puesto ya en el sagrario, se entonaron con el órgano algunos cánticos á la hermosa Madre del Carmelo.

«Otra fiesta hemos celebrado, que es la de nuestro Padre San Elías, la cual es siempre más concurrida que la anterior, y con más ruido por la grande devoción nacida del temor que los orientales profesan á aquel terrible Profeta, el hombre de la espada de fuego. Esta fiesta se celebra el día 20, y el 18 llegaban ya al Carmelo algunas familias, siendo el 19 más de dos mil las personas que de diferentes y distantes pueblos acudían á obsequiar á San Elías. Eran muchos los que traían sus votos ó promesas al santo Profeta, consistentes en velas, incienso, mirra y alhajas, como brazaletes, pendientes, etc., viniendo algunos de más de veinte leguas de distancia. La fiesta para estas gentes fué el día 19. Comenzaron por la mañana sus danzas y cantares, y no concluyeron hasta el día siguiente al tiempo de marchar; así que todo el día y toda la noche fué una danza nunca interrumpida, ó más bien muchas danzas sin cesar.

«El día 20, que era de San Elías, se contaban cerca de tres mil personas por las plazas del convento, continuando las danzas del

día anterior. A las siete y media cantamos nosotros la Misa en la gruta de nuestro Padre San Elías, y á las ocho y media cantó otra un sacerdote griego católico, vestido de hermoso pluvial, para los de su rito, que hacen fiesta de precepto.

«Después de las Misas, comenzaron á marchar los que habían venido dos días antes de distantes pueblos, y aunque éstos fueron muchos, no obstante, por todo el día de San Elías los alrededores del convento estaban llenos de gente que verdaderamente parecía una feria de una capital.

«No cabe duda que muchos no habrán podido venir el día de San Elías, y he aquí por qué en adelante todos los domingos vienen uno ó dos pueblos enteros á obsequiar ó visitar al Santo Profeta en este su lugar.

«Como es este el país de las tradiciones, al recordar aquella que dice que San Elías mató á los ochocientos profetas de Baal, y que hizo bajar fuego del cielo, por tres veces, para matar á los que venían á buscarle, conciben un grande temor que engendra en ellos respeto y veneración profunda hacia el Santo Profeta.»

—El *Oriente Seráfico* de Asís publica las siguientes consoladoras noticias:

«Cada día es más acentuado el movimiento hacia el Catolicismo en las montañas que rodean á Latachia. Dos enteras aldeas griego-cismáticas, con sus párrocos al frente, han solicitado del Vicario apostólico su reconciliación con la Iglesia romana.

«Excepto una sola familia todos los cismáticos de Kanaje, incluso el párroco, fueron admitidos al rito latino por el reverendo Padre Franciscano Fr. Fidel de Greccio. Algún tiempo después solicitaron igual gracia 350 familias de las aldeas circunvecinas. Un obispo armenio-cismático espera evacuar ciertos asuntos para convertirse al Catolicismo con toda su diócesis.

«Las personas más distinguidas de Edlibe, disgustadas por la negligencia del clero griego-cismático, acudieron á nuestros Religiosos de Alepo para que la Custodia de Tierra Santa les enviase misioneros, lo cual se ha conseguido después de dos años de negociaciones entre el Delegado Apostólico Mons. Bonfigli y la Santa Sede. Se ha hecho cargo de esta nueva Misión el reverendo P. Fr. Camilo de Alepo.»

Si, como es de esperar, la Santa Sede concede amplia libertad á los cismáticos para abrazar el rito latino, dispensándoles de permanecer en los otros ritos católicos, no estará lejano el día en que el Oriente vuelva al seno de la Santa Iglesia romana.

—El 20 de Marzo el reverendísimo Padre Custodio de Tierra Santa bendijo una nueva capilla erigida por los Franciscanos en Belén, en el sitio mismo en donde estuvo una casa en la que por algún tiempo moró San José, cuando con la Santísima Virgen fué á empadronarse en dicha ciudad.

Egipto.—La Superiora general de las Religiosas misioneras francesas de San Francisco ha remitido á la Obra de la *Propaganda Fide* una Memoria relativa á su Instituto, según la cual la Casa-matriz de el Cairo tiene un noviciado y una casa de huérfanos en los que reciben educación é instrucción religiosa 422 niños. Cuenta además la Congregación con florecientes establecimientos en Marmachia, en los alrededores de El Cairo, en Damietta, Kafrelzayat, Mansurah, Ismaílla, Luqzor, Assiut y Alejandria.

—Los periódicos de Egipto dan cuenta del fallecimiento de la Superiora de las Hermanas de San Vicente de Paúl, sor Margarita Dereymond, condecorada desde 1888 con la cruz de la Legión de Honor, y que ha permanecido cuarenta y nueve años en Egipto donde era queridísima de los enfermos y de los pobres de todos los países.

Marruecos.—Dice *El Eco Franciscano*: «Según leemos en varios órganos de la prensa marroquí, han sido brillantísimos los exámenes de niños y niñas, de nuestras escuelas de Marruecos, verificados á mediados de Julio, con las solemnidades acostumbradas y en presencia de un numeroso concurso compuesto de cristianos, moros y judíos. Son entusiastas los elogios que la referida prensa tributa á nuestros Religiosos, á las Hermanas Terceras y á los niños y niñas de las escuelas, ocupando varios números en la descripción de los últimos exámenes. Las señoras

que componen la Asociación de la Inmaculada Concepción, cada vez más extendida en nuestra España, pueden estar muy satisfechas de los frutos de su desinteresada caridad.»

Indostán.—El actual Vicario General de la Orden de Carmelitas Descalzos ha concedido el diploma de afiliación y agregación definitiva y oficial á dicha Orden á las Hermanitas Terciarias Teresianas de Mangalore en las Indias Orientales, y con este motivo nos parece oportuno dar algunas noticias del origen é historia de una Orden Tercera del Carmen que tiene muchas casas tanto en Europa como en las Indias Orientales.

Por los años de 1867, y con el debido permiso de Mons. Lacroix, obispo de Bayona, fundó en esta ciudad el P. general Fr. Domingo de San José una nueva Congregación de Teresianas, con el título de Tercera Orden Apostólica de Nuestra Señora del Monte Carmelo, llamadas también Terciarias Carmelitas de Santa Teresa, cuya primera casa se estableció también en la misma ciudad de Bayona. El muy reverendo Padre General les dió la Regla y las Constituciones de la Orden con las modificaciones y cláusulas necesarias para las obras de enseñanza y piedad que iban á emprender principalmente en las Misiones de las costas de Malabar y en todo el reino del Indostán, á donde estaban destinadas las Terciarias de esta nueva Congregación. Con licencia y por mandato de los superiores las instruyó y formó en la vida y prácticas regulares de la Orden la Rda. M. Verónica de Jesús, carmelita del convento de Pau.

El Rdo. P. Fr. María Efrén, carmelita descalzo, obispo de Nímesis y prefecto apostólico de Mangalore y Malabar, que había trabajado mucho con el Padre General por la fundación de esta nueva Congregación, llegó del Asia en este tiempo para acudir al Concilio Vaticano, y volviendo á su Misión después del Concilio, cuando ya había muerto el benemérito P. General Fr. Domingo de San José, llevó consigo al Indostán el 17 de Septiembre de 1870 algunas Religiosas Carmelitas Descalzas de clausura de los conventos de Pau y Bayona para fundar un convento en Mangalore, y además cuatro Profesas de la Tercera Orden Apostólica para fundar unas escuelas en dicha ciudad. Estos son los principios de esas Carmelitas Terciarias de Santa Teresa que tanto vuelo han tomado en tan pocos años, pues solamente en las Indias Orientales tienen dieciséis casas ó escuelas, á saber: cuatro en la ciudad de Mangalore, dos en Cannanore, dos en Calicut, dos en Tellicherry, y una respectivamente en Verápoly, Trevendrum, Quilón, Tangatcherry, Ernaculum y Lapy. Tienen, además, varias casas en Francia, Bélgica y Alemania y se van extendiendo más y más cada día.

A pesar de la prosperidad de que gozaba esta Congregación de Terciarias Carmelitas, sentían ellas sin embargo un vacío en el corazón; pues por más que al principio de su fundación habían recibido del reverendo P. Fr. Domingo de San José, de imperecedera memoria, entonces General de los Carmelitas Descalzos, las Constituciones adaptadas á sus ocupaciones y quehaceres, carecían de un documento oficial y auténtico que declarara su agregación á la Orden del Carmen. Dirigieron el año pasado peticiones sobre peticiones á los Superiores de los Carmelitas para que se dignaran acogerlas bajo su patrocinio, y consiguieron al fin que el M. Rdo. P. Vicario General Fr. Dionisio de Santa Teresa expidiese el diploma oficial de su agregación á la Orden de Carmelitas Descalzos el día 4 de Septiembre de 1892.

Tejas (América del Norte).—Nuestro compatriota el reverendo D. Emilio Illa, misionero en los Estados Unidos, escribe desde Aguilares el 8 de Julio de 1893:

«Habiendo sido voluntad del señor obispo Verdager, pasar á visitar algunos ranchos, partimos con su S. I., de Laredo, residencia suya, el día 8 de Junio, y después de cinco leguas de camino, pudimos ya comenzar la visita en uno de los referidos ranchos, en donde mora un pueblo pobre en verdad (puesto que sufren sequía desde cinco años, lloviendo en todos estos apenas una sola vez), pero se veía retratada en sus semblantes la bondad y sencillez, prendas que sirven admirablemente á los que han de recibir en su corazón la semilla de la divina palabra. En la tarde tuvieron lugar confesiones y confirmaciones, y se rezó el Santísimo Rosa-

rio, predicó el ilustrísimo señor Obispo, y concluido el sermón, recibimos confesiones hasta media noche. El día siguiente celebramos el Santo Sacrificio de la Misa, y el Prelado administró otra vez el sacramento de la Confirmación, partiendo en seguida para otro lugar, verificando al llegar allí los mismos actos del sagrado ministerio. Después de pasadas tres ó cuatro horas entre una cristiana familia que encontramos por el camino, proseguimos nuestra marcha y llegamos á otro rancho. En este pueblecito conocimos á una doncella que estuvo por espacio de quince años en poder de los pérfidos judíos, oímos confesiones, y el señor Obispo confirmó á varios cristianos, entre ellos había uno que contaba sesenta y dos años de edad, y concluido todo, nos fuimos sin detención al último de los lugares ó ranchos que nos habíamos propuesto visitar en el corto espacio de ocho días. Aquí nos recibieron con gran entusiasmo religioso. Diez hombres con caballos nos salieron al encuentro antes de llegar al pueblo y más tarde salió toda la gente con algazara, y por falta de campana en el campamento una señora tocaba una de mano, lo que, junto con un discurso que se pronunció, manifestaba la natural sencillez y bondad de aquella gente. Les administramos los Santos Sacramentos, al igual que en los ranchos anteriores, y les animamos á no abandonar jamás las huellas de Jesucristo.

«Así concluimos nuestra visita resultando 197 confirmaciones é innumerables confesiones, marchándonos consolados al ver, que aun en medio de la perversidad de costumbres que reina en las diversas partes de aquella región, hay, no obstante, almas que reciben con gratitud las divinas amonestaciones.

«Rueguen á Dios mis amigos para que vaya aumentando cada día el Catolicismo en América.»

Noticias varias.—El Rdo. P. Anselmo Foronda, dominico, escribe desde Hung-Yen (China) que en dicha población han bautizado en este año 25,000 adultos. En Hung-Yen el número ha llegado á 800 adultos también. Añade que los chinos les han quedado varias casas, y hasta han dado algunas palizas á algunos misioneros.

—Mons. Potron, obispo de Jericó y misionero en China, da cuenta del hambre que sufren las provincias del Norte del Celeste Imperio, y pide se envíen limosnas para repartirlas entre aquellas cristiandades.

—Ha fallecido el Ilmo. Simón, obispo de Domitiópolis, vicario apostólico de la Birmania Septentrional, á la edad de treinta y ocho años. Había nacido en 2 de Marzo de 1855 y era obispo desde 1889.

—La *Revista Antiesclavista* da noticias muy curiosas acerca de las expediciones militares de aquel carácter. Según dichas noticias, en 5 de Enero de 1890 se concedió autorización pontificia para la fundación de los *Hermanos del Sahara*, cuyos estatutos redactó el cardenal Lavigerie. Barrios, que es un distinguido oficial de nuestro ejército, los compara á los *almogatares* de nuestras antiguas huestes. El autor del artículo reputa difícil el establecimiento de 20 ó 25 puestos militares y de 1,000 cruzados con todos los elementos necesarios para la empresa.

Pasa después á tratar de la expedición Jacques, que partió de Nápoles en 11 de Mayo de 1891, llegando á Zanzíbar en 7 de Junio. Tuvo grandes encuentros con los wagos, y en San Luis Alumbi encontró al capitán Joubert en las orillas del lago Tanganika. El refuerzo de Jacques fué de gran importancia para el jefe de la precedente expedición. Los zuavos pontificios promovieron una subscripción de 30,000 francos. Recomienda el señor Barrios el mayor secreto en todas las operaciones, porque dice que los jefes musulmanes y esclavistas leen los periódicos europeos y conocen de antemano los pormenores de las expediciones militares.

—Anuncian de Amsterdam que cuatro Hermanas de la Caridad del hospital de Breda han salido con dirección á la Antilla holandesa de Guyana para consagrarse á cuidar á los leprosos. A este propósito dice el periódico de donde tomamos la noticia que los Padres Redentoristas se dedican, como el P. Damián, á esta penosa pero meritoria ocupación. Todas las grandes colonias de Holanda van siendo evangelizadas por misioneros de la madre

patria; en la India por los Jesuitas, en las Antillas por los Dominicanos, y por los Redentoristas en la Guyana.

—Su Santidad ha nombrado Vicario Apostólico del Su-Chnen Occidental en China, al P. Julián Marla Dunand, de las Misiones extranjerías, misionero en aquellas regiones desde 1869.

—No es cierto que el Arzobispo de Antivari, en el principado de Montenegro, haya renunciado su mitra; la noticia proviene de mala inteligencia ó de mala intención de los sectarios. Creyóse que la nueva influencia del Misal slavo había de producir conflictos; pero no ha resultado cierta la noticia.

—Mons. Satolli, delegado apostólico en los Estados Unidos, recorre varios Estados poniéndose en directa comunicación con los Arzobispos y Obispos acerca de las cuestiones de mayor interés en nuestra época.

VARIEDADES

APARICIÓN MILAGROSA DE UNA CRUZ

EL periódico *Le Moniteur de Rome* trae una relación de la aparición de una cruz, según la descripción que ha hecho Mons. Julián Vidal, obispo titular de Abido, vicario apostólico de las islas Fidji.

El ilustrísimo señor escribe lo siguiente:

«La Misión de los Solevu (islas Fidji) ha presenciado un hecho que ha de avivar fuertemente la fe de los que fueron testigos de él. Es la aparición en el cielo de una cruz que fué vista por toda la tribu del país de los Solevu. Relata como antes de la llegada á aquellas regiones de los misioneros católicos, algunos eclesiásticos protestantes habían estado allí, y sus predicaciones habían sido escuchadas por otras tribus, pero que la de los Solevu no los oyó. La religión que estos observaban era la de adorar ídolos, pero un día uno de los jefes de aquella religión fué al jefe de la tribu, para consultarle sobre los misioneros que habían venido para enseñarles una Religión nueva, y le dijo:

«—Antes de abandonar nuestra religión de paganismo, como la llaman los europeos, sería necesario consultar nuestros dioses, para saber si la religión que nos traen estos hombres es buena.

«El jefe contestó entonces que reuniría toda su gente, y dijo:

«—Ofreceremos un sacrificio á nuestros dioses, y les rogaremos que nos hagan conocer cuál es la Religión verdadera, la de los antiguos, ó la que nos traen los *Papalagi* (hombres blancos), y seguiremos el consejo que nos den.

«La tribu se reunió en día señalado al pie del monte Koroirera, y estabase preparando el sacrificio, cuando el punto más alto del cielo pareció brillantemente iluminado, y se vió una cruz en el centro de la luz. Monseñor Vidal añade que esa cruz se distinguía perfectamente y que se veían con toda claridad dos figuras, una á cada lado de la cruz, en la actitud de estar contemplándola. Dice que una de estas era la Santísima Virgen.

«La impresión que la aparición produjo sobre estas gentes fué tan fuerte, que el jefe y los sacerdotes de su culto pagano pidieron que se les mandaran misioneros para que les enseñaran la verdadera fe.

«Mons. Vidal refiere en su relación las palabras del sacerdote pagano, el cual le dijo:

«—Esta cruz es el signo de una religión nueva, que nosotros todavía no entendemos, es la verdadera Religión y tiene que ser la nuestra.

«La aparición se verificó el día 20 de Diciembre último, y toda la tribu se ha convertido desde entonces. Se ha erigido por ella sobre la cúspide del monte una gran cruz para conmemoración del milagro.

«Los Padres misioneros están también trabajando con mucho éxito entre las otras tribus de las islas y consiguiendo muchas conversiones.»

LAS ISLAS SALOMÓN

Son de actualidad los siguientes datos acerca de las islas ultimamente ocupadas por los ingleses.

Las islas de Salomón, llamadas con posterioridad al descubrimiento Tierra de Arsácides y Nueva Georgia, forman un grupo entre las de la Melanesia y se extienden formando dos brazos del NE. al SE., entre los grados 4 y 12 de latitud S. y los 152 y 161 de longitud E., del Meridiano de París.

Aunque en 1567 lo descubrió el español Mendaña, que le dió el primero de dichos nombres, este archipiélago es todavía poco conocido. Fué visitado en 1567 por Carteret; en 1768 por Bongainville; en 1769 por Surville, que le dió el nombre de Tierra de Arsácides, á causa de la perfidia de los habitantes Shortland, que lo visitó en 1782, le apellidó Nueva Georgia, y D'Entrecasteaux completó el descubrimiento de este Archipiélago á fines del último siglo.

Sus principales islas son: Bonka, Bongainville, Choiseul, Santa Isabel, Georgia, Carteret, Las Arsácides, Guadalcanal, Bernal y San Cristóbal.

Las costas son, en general, altas y escarpadas, rodeadas de arrecifes y bancos cubiertos de madreporas, que dificultan y hacen peligrosa la navegación en algunos parajes. El interior está cortado por montañas pobladas de árboles y por valles fértiles, algunos bastante bien cultivados. Muchas de estas montañas son altas y volcánicas como el Pico Lammas, en la isla de Guadalcanal, cuya altura es de cuatro mil metros; palmeras, cocos, bananos, caña de azúcar, clavo, jengibre y multitud de árboles resinosos y aromáticos, se crían en altitudes desconocidas en Europa. Al acercarse á estas peligrosas islas, hacen el efecto de canastillas de flores y verdura. Los bosques están poblados de papagayos, serpientes, sapos grandísimos é insectos.

Hay una población muy compacta de negros de Australia que parecen haber llegado á un estado de civilización más avanzada, particularmente en lo relativo á la agricultura, que los del Oeste. El número de habitantes se aproxima á cien mil. Son desconfiados, sanguinarios y pérfidos, además de antropófagos. Extremadamente cobardes, sólo atacan á escondidos; evitan la lucha á pecho descubierto, y gozan con la sangre y la matanza. En un relato acerca de una expedición en las islas de Polinesia, y particularmente en las de Salomón, el comandante inglés Simpsón ha referido, en 1873, que en una de las ciudades de la isla Santa Isabel, vieron los marinos en la casa de uno de los jefes más de veinticinco cabezas de enemigos que habían sido asesinados á traición tres semanas antes, y comidos después.

Para escapar á los ataques del exterior y librarse de las serpientes venenosas, que tanto abundan, los habitantes de las islas Salomón acostumbran á construir sus cabañas en las ramas de los árboles más altos. El comandante Simpson refiere que en la misma isla de Santa Isabel encontró en el pico de una montaña, á ochocientos pies sobre el nivel del mar, una verdadera ciudad colgada de los árboles.

LA PROVIDENCIA

Por un desierto de Africa vagaba un caminante que se había extraviado, y no dando con la salida del desierto, había agotado sus provisiones. Cuando ya no le quedaba nada, se echó medio muerto en la arena; y seguro de que allí no había de encontrar recurso humano y que tendría que morir en el mayor abandono, levantó á Dios una mirada llena de esperanza y de sus labios salieron balbucientes estas palabras: «Espero en Vos, Dios mío, no me abandonaréis.» Apenas hubo formulado esta súplica, muy corta, pero muy llena de fe, repara en que allí cerca, casi envuelto entre la arena, había un cofrecito. Más que andando, arrastrándose, porque el infeliz ya no podía sostenerse sobre sus pies, pudo llegar á donde estaba el cofre con la esperanza de que, habiéndolo dejado olvidado algún viajero, encontraría algo que comer. Lo abre con precipitación, casi con fiebre, creyendo encontrar allí un bocado de pan... y ve que el cofre estaba lleno de perlas.

—¡Perlas! exclamó. Esto es una riqueza; pero yo no necesito perlas ni brillantes; lo que necesito es pan.

De tener aquel saquito lleno de perlas en una ciudad habría tenido aquel hombre toda una fortuna; pero allí se estaba muriendo de necesidad. El infeliz viajero cayó exánime, esperando que llegara la muerte, pero no sin que repitiese su oración: «Espero en Vos, Dios mío, no me abandonaréis.»

Allí queda aletargado, parece que apenas respira, cuando con algún esfuerzo logró despertarle de su letargo un negro que pasó montado en un camello.

—¿Qué hacéis ahí, amigo mío? le dice el negro.

El caminante miraba al negro; pero no le decía una palabra: le faltaban las fuerzas hasta para hablar.

—Decidme, ¿qué hacéis ahí? insistió preguntando el hijo del desierto.

—Me muero de hambre, y sin embargo aquí tengo una fortuna, contestó con acento casi imperceptible.

Y le enseñó el cofrecito.

—¡Que Dios sea bendito! exclamó el negro. Es el cofre de perlas que yo había perdido. Pero Dios no me ha abandonado nunca; y ya sabía yo que volvería á encontrar mis perlas. Ea, aquí tenéis pan, pescado, carne, fruta; aquí tenéis mi camello; en mí tendréis un guía. Cuando creí perdidas mis perlas, rogué á Dios y ahora las encuentro.

—Y cuando yo creí que iba á morirme de hambre, dijo el caminante, tomando una tajada de carne, también rogué á Dios, y vos habéis sido el instrumento de su Providencia.